

VISIONES HISTÓRICAS DEL CARIBE: ENTRE LA MIRADA IMPERIAL Y LAS RESISTENCIAS DE LOS SUBALTERNOS¹

*Pedro L. San Miguel**

ABSTRACT

This article studies the intellectual production on the Caribbean from the perspective of the great themes that have articulated its historiography. It argues that Caribbean historiography could be conceived in terms of four thematic or narrative axis: 1) geopolitics 2) the problem of economic development/dependence, 3) the question of identity, and 4) the resistances of the subalterns. The emergence and evolution of each one of these themes is interrelated with the economic, social, political and cultural processes that have influenced the Caribbean countries since the Conquest to the contemporary era.

RESUMO

Neste artigo se examina a produção intelectual sobre o Caribe a partir da perspectiva dos grandes temas que tem organizado ou articulado a historiografia a cerca da região. A este respeito, se argüe que a historiografia do Caribe pode ser compreendida a partir de quatro eixos temáticos ou narrativos: 1) a geopolítica, 2) o problema do desenvolvimento/a dependência econômica, 3) a questão da identidade e 4) as resistências. Tenta-se vincular o surgimento e a evolução de cada um destes temas com os processos

*SAN MIGUEL PEDRO L. Ph.D. Catedrático do Departamento de História da Universidade de Porto Rico. Oferece cursos sobre: América Latina, Caribe, Historiografia, Teoria da História e Metodologia de Pesquisa.

econômicos, sociais, políticos e culturais que tem incidido sobre os países do Caribe desde a era da Conquista até a época contemporânea.

La invención del Caribe

En octubre de 1492 arribó al Caribe un marino totalmente extraviado que creía haber llegado a tierras lejanas que sólo conocía a través de los relatos de los viajeros, relatos en los que prevalecía más la fantasía que la realidad. En su periplo, este nuevo Ulises realizó los actos fundacionales del imperio español en América, entre ellos el nombrar a las islas por él visitadas. Aunque parezca un absurdo, lo cierto es que, perdido en su geografía, confundido en su cartografía y ofuscado en su cosmología, este marino nos legó lo que en propiedad constituye la primera interpretación que conocemos sobre el Caribe (MORSE, 1967, 156-8), una mezcla de fábulas de la Europa medieval, increíbles relatos de viajeros, nociones geográficas poco confiables y cálculos cartográficos completamente errados. Sobre tan endebles pilares Cristóbal Colón inició lo que Edmundo O’Gorman denominó “la invención de América”, que en rigor comenzó con la invención del Caribe (O’GORMAN, 1984; TODOROV, 1987, 13-58; HULME, 1986, 13-43; PASTOR, 1983, 17-109).

A esta sarta de equívocos, Colón sumó las narraciones míticas de los habitantes de las islas que visitó en ese primer viaje de 1492, poco comprendidas por él y sus acompañantes debido a las dificultades de comunicación entre los aborígenes de origen arawako y los europeos de fines del siglo XV. En esa mezcla de realidad y fábula que constituyó la geografía caribeña que elaboró Colón a partir de lo que vió, de lo que escuchó –o más bien de lo que creyó escuchar– y de lo que imaginó, ningún territorio lo sedujo tanto como ciertas ínsulas que no logró visitar, como las islas de Guanín, la de Matinínó, y la de Carib o Canib. Las dos últimas atrajeron sobremanera a Colón: Matinínó por supuestamente ser habitada sólo por mujeres guerreras (las llamadas “amazonas”); y Caribe porque sus feroces pobladores alegadamente se alimentaban de carne humana, así que se dedicaban a capturar a sus presas en las otras islas, “por lo que los demás indios les tienen un miedo incalculable”.² No empece lo insólito de tales relatos, el escepticismo del Almirante cedió ante la

posibilidad de que en tales territorios existiesen ricos yacimientos auríferos.

“Del oro se hace tesoro –alegaba Colón–, y [...] quien lo tiene hace cuanto quiere en el mundo y llega a que echa las ánimas al Paraíso” (GALEANO, 1973, 20-21). Frente al milagro de la salvación de las almas, atributo exclusivo de Dios, poca cosa resulta que el oro inspirara en el Almirante una geografía totalmente trastocada, en la que el mito y la fábula terminaron por sustituir a la realidad. Gracias a Colón, el Caribe pasó a ser concebido como una región habitada principalmente por dos grupos aborígenes: los taínos y los caribes. Esta categorización vino a representar algo más que una simple clasificación cultural ya que la misma estableció una dicotomía entre los comportamientos de estos grupos humanos. Así, los taínos se conceptuaban como sedentarios, pacíficos, nobles, desinteresados; los caribes como errabundos, feroces, ruines. Agrícolas los primeros y caníbales los segundos, esta categórica distribución de comportamientos quedó demarcada en la geografía del Caribe compuesta por Colón, y según la cual los taínos habitaban las Antillas mayores y los caribes las menores. Es decir, quedó expresada en una visión geopolítica.

La geopolítica, o la mirada imperial

Desde su postura imperial, Colón inauguró nociones geográficas y espaciales sobre el Caribe que contribuyeron a enraizar un conjunto de concepciones que han permeado las tradiciones intelectuales y las disciplinas académicas modernas, como la Historia y la Antropología (MORSE, 1967, 155-73; HULME, 1986, 45-87; SUEDE Badillo, 1978). Tales nociones, junto a otras que surgieron a partir de eso que Urs Bitterli ha llamado el “encuentro de Europa y Ultramar”, fueron fundamentales en la constitución de la modernidad temprana (BITTERLI, 1998; SUBIRATS, 1994; DUSSEL, 1995). Valga mencionar como ejemplo la idea del canibalismo, que si bien no era ajena a la tradición europea antes de la conquista de América, ciertamente adquirió legitimidad intelectual con la supuesta “evidencia” aportada por los habitantes del Nuevo Mundo, sobre todo por esas sociedades de fieros caribes que terminaron por darle su nombre al Mar de las Antillas y al conjunto de territorios insulares y continentales

que son bañados por sus aguas (BARTRA, 1998; ARENS, 1981). Asimismo, la dicotomía entre el taíno y el caribe fue la expresión inicial en tierras americanas de la oposición entre el “buen salvaje” y el “salvaje bárbaro”. Permeable el primero a la cultura occidental, sobre todo al cristianismo, al segundo, por el contrario, se le concibió como la antinomia absoluta de los valores emanados de Europa. Por eso era redimible uno y condenable el otro. Mientras que la concepción del buen salvaje subyace al pensamiento misionero y al pensamiento utópico, que es el heredero histórico del anterior (BITTERLI, 1998; AINSA, 1998; SAID, 1979, 1994), la noción del salvaje bárbaro ha servido como sostén ideológico a las políticas más agresivas que han irradiado desde Occidente hacia el llamado Tercer Mundo, entre ellas: el genocidio, la esclavización, el exterminio, el *apartheid*, el discrimen étnico-racial y las leyes antiinmigratorias. En el Nuevo Mundo, una mínima “arqueología” sobre las ideas permitiría ubicar en dicha contraposición el antecedente más remoto del dilema entre “civilización y barbarie”, que tan crucial ha sido –y sigue siendo– para las élites intelectuales de América Latina y el Caribe.³

Otro aspecto de la concepción colombina que ha resultado determinante fue su percepción de que el Caribe era una zona de choque entre sociedades, grupos étnicos, estilos de vida y culturas. Desde cierta perspectiva historiográfica, el enfrentamiento entre taínos y caribes no fue sino la primera de una serie de confrontaciones que habrían de marcar la historia del Caribe y que definirían a la región como una “zona caliente” –y, por supuesto, no hablo en sentido climatológico ni tampoco me refiero a los estereotipos acerca de la sexualidad de los habitantes de la región– Me refiero a la concepción de que el Caribe es un espacio histórico definido o constituido fundamentalmente por fuerzas geopolíticas que se enfrentan una y otra vez para lograr el predominio en esta zona del mundo (MORSE, 1967). Esa visión, fundada por Colón, se origina en una perspectiva desde el poder que percibe a la región caribeña como uno de los espacios –en ocasiones, como el espacio privilegiado– en el que las grandes potencias han dirimido sus diferencias.

Alimentada desde los ministerios y los gabinetes de los Estados, tal concepción inició la historiografía caribeña durante los primeros siglos

de la época colonial. Sus iniciadores fueron, por supuesto, los españoles que escribieron sobre la conquista del Caribe –Pedro Mártir de Anglería, Oviedo, Las Casas, entre otros–. En tales relatos, los héroes son los Estados o sus delegados. Sus “hazañas” son: la conquista, la fundación de los centros del poder metropolitano, la creación de las instituciones del gobierno colonial, la extensión del cristianismo a tierras americanas, la creación de las estructuras económicas coloniales, y, finalmente, la defensa de los territorios conquistados ante las amenazas de todo tipo –ataques de los “caribes”, sublevaciones indígenas, rebeliones de esclavos africanos, agresiones de las potencias enemigas–. Su Gran Proeza, en fin, fue la conquista del trópico; en consecuencia, sus gestores son presentados como agentes civilizadores (HIGMAN, 1999; MILLETTE, 1999, 3-18, 162-99).

A raíz de la incursión de los enemigos de España en aguas caribeñas, la perspectiva geopolítica en su sentido más estricto –es decir, en lo que respecta a las interacciones y los enfrentamientos entre Estados– adquirió mayor relevancia. Las narraciones de las potencias emergentes –emblematizadas por figuras como Jean Baptiste Du Tertre y Dalby Thomas– enfatizaron la ruptura del exclusivismo español en el Caribe. Dicha ruptura se dio tanto a través de la interferencia en los esquemas comerciales y de navegación de España como a través de la adquisición de territorios por parte de Francia e Inglaterra. El siglo XVII, pues, escenificó la ruptura del exclusivismo español en el Caribe al igual que la de su supremacía en la producción de obras históricas o “protohistóricas” sobre la región. En el ámbito simbólico e ideológico esa ruptura se expresó en la denominada “leyenda negra” y en las variadas representaciones cartográficas del Caribe, al igual que en las pugnas por denominar a la región –¿Caribe, Antillas, West Indies?– y a sus respectivos territorios (MORSE, 1967, 158-63; LEWIS, 1987, 29-93).

A partir del siglo XVIII, las obras históricas sobre el Caribe comenzaron a sufrir cambios significativos, entre ellos la “criollización” de sus autores. Hasta entonces, el grueso de las mismas habían sido escritas por europeos. Pero en el ochocientos encontramos, cada vez con mayor frecuencia, a criollos que incursionaron en el pasado de la región y que ofrecieron interpretaciones sobre su evolución histórica.

Este fenómeno fue general en América, si bien no ocurrió de forma sincrónica en todas las sociedades coloniales. Mas dondequiera implicó, por parte de los intelectuales criollos, una creciente defensa de los intereses coloniales frente a los metropolitanos. Esta defensa de la “patria criolla” constituyó una especie de protonacionalismo que desembocó en una verdadera historiografía nacionalista, primero en Haití y la República Dominicana en el siglo XIX, y, en el siglo XX, en el resto de los países caribeños (HIGMAN, 1999; LEWIS, 1987).

Como resultado de la criollización, las interpretaciones históricas que asumían la “mirada imperial” sufrieron modificaciones importantes. Originalmente la tónica predominante en dichas interpretaciones era que la injerencia de Europa en el Caribe constituía un elemento de progreso; incluso que constituía el elemento seminal en la forja de la identidad de los países caribeños. No obstante, con el fortalecimiento de las corrientes nacionalistas surgieron otras perspectivas que, sin descartar del todo las nociones previas, pusieron énfasis en los mecanismos de dominación de los imperios sobre las sociedades caribeñas, y en cómo su hegemonía obstaculizaba, frenaba o impedía el desarrollo económico o la creación de naciones modernas en el Caribe. Centrada en las políticas metropolitanas, sobre todo en su política internacional, y en los conflictos entre los poderes imperiales, tal tipo de obra escudriña los Grandes Diseños de las naciones hegemónicas y sus repercusiones en el Caribe.⁴ A pesar de estar definida desde una “mirada imperial”, esa concepción histórica ha permeado las obras de varias de las figuras intelectuales más importantes del Caribe. Herminio Portell Vilá (cubano), Manuel Arturo Peña Batlle (dominicano), Arturo Morales Carrión (puertorriqueño) y, en cierta medida, Eric Williams (trinitario) se encuentran entre sus más reconocidos exponentes. Este último arguye que, en virtud de esa “trinidad caribeña” compuesta por el oro, el azúcar y los esclavos, durante los siglos XVI-XVIII las islas del Caribe se convirtieron en “peones de la política de las potencias europeas, en la gallera de Europa, el ruedo de las guerras calientes y frías de Europa”.⁵ Durante esos siglos, la suerte de los territorios del Caribe dependió de los conflictos entre los Estados europeos; la mayoría de los primeros de hecho cambió de dueño como resultado de esas confrontaciones.

De esos cambios de metrópoli se derivó incluso su evolución económico-social. Mientras que la mayoría de los territorios que pasaron a manos inglesas o francesas se transformaron en “colonias azucareras”, con el consecuente fortalecimiento de la plantación y de la esclavitud, en los territorios españoles prevalecieron otras estructuras económicas. Ello dio pie al surgimiento de dos tipos de colonia: las de “explotación”, dominadas por la plantación esclavista; y las de “asentamiento”, que supuestamente fueron “microcosmos” de sus respectivas metrópolis, si bien atemperados a las realidades del Caribe, entre ellas la esclavitud (KNIGHT, 1990, 66-87). En otras palabras, los rasgos internos de las sociedades caribeñas –como sus formas de trabajo, el uso de la tierra y la explotación de los recursos– dependieron en última instancia de las pugnas entre las naciones europeas y de cómo se dirimieron tales conflictos. Por ejemplo, en su estudio sobre el “exclusivismo español”, Arturo Morales Carrión entiende que los procesos económico-sociales que conformaron a la sociedad puertorriqueña entre los siglos XVI al XIX fueron producto de las pugnas entre imperios (MORALES Carrión, 1995). Igualmente, su explicación de la abolición de la trata de esclavos en Puerto Rico en el siglo XIX descansa fundamentalmente sobre las presiones internacionales ejercidas por Inglaterra sobre España.⁶

Según tal visión, las fuerzas geopolíticas han incidido de manera determinante sobre los procesos de formación nacional en el Caribe. Tal es al menos la concepción del historiador y jurista Manuel Arturo Peña Batlle sobre la nación dominicana. En su síntesis sobre los orígenes de la República Dominicana, Peña Batlle dividió su evolución en cuatro grandes periodos, representado cada uno de ellos por una gran confrontación de orden geopolítico. De acuerdo a él, en el siglo XVI el Santo Domingo español se enfrentó a la Reforma protestante, por lo que el contrabando no fue sino “un activo agente de la lucha del calvinismo contra los poderes católicos”; en la siguiente centuria, “vivimos en constante estado de guerra con bucaneros y filibusteros”, enfrentamiento que desembocó en el traspaso de una tercera parte de la Isla Española a Francia y en el surgimiento de la colonia de Saint Domingue; los años del siglo XVIII “los pasamos en un cruento y prolongado esfuerzo para obtener la divisoria fronteriza que nos salvara de la penetración francesa”, esfuerzo mal

pagado por España, continúa con amargura Peña Batlle, que “[nos vendió] a Francia como si fuéramos un «hato de bestias»”; y en el siglo decimonónico, la comunidad dominicana se tuvo que enfrentar, durante la primera mitad de la centuria, a la “opresión haitiana”, y durante los restantes cincuenta años del siglo, al “desconcierto y [las] turbulencias derivados de la influencia de Haití”(PEÑA Batlle,1989,60-1). En todo esto Peña Batlle percibe una tragedia histórica debido a que esos grandes conflictos debilitaron o socavaron la formación de la nación, de manera especial a raíz del surgimiento de Saint Domingue/Haití, lo que para él constituyó la tragedia fundamental de la historia dominicana (SAN MIGUEL,1997,44-7,82-9).

Uno de los factores que propició que en el siglo XX la geopolítica adquiriera tanta relevancia fue la creciente presencia de los Estados Unidos en la región. Ya desde el siglo XIX a los Grandes Diseños de las naciones europeas se habían sumado los designios imperiales de la potencia nortea; en el siglo XX el Mar Caribe se convirtió en un virtual “mediterráneo americano”(WILLIAMS,1973,419-27;MARTÍNEZ-FERNÁNDEZ,1994).Los hechos que marcan el intervencionismo norteamericano en el “Gran Caribe” son harto conocidos y no hay que reiterarlos. Sí hay que enfatizar que, a raíz de dichos acontecimientos, el imperio del Norte se convirtió en el vector más visible de la geopolítica del Caribe, por lo que pasó a ocupar un papel preponderante en las interpretaciones de los intelectuales caribeños, sobre todo de aquellos cuyos países sufrieron de manera directa los embates del expansionismo norteamericano, como Panamá, Cuba, Puerto Rico, República Dominicana y Haití. La tónica predominante de tales obras fue la denuncia del imperialismo norteamericano, destacando cómo su injerencia en los países caribeños representó un lastre al desarrollo nacional (PORTELL Vilá,1938-41;HIGMAN,1999,369). Valga mencionar que en los Estados Unidos mismos, en las primeras décadas del siglo XX, surgió un reducido pero significativo grupo de investigadores interesados en el fenómeno del expansionismo que produjeron obras de importancia. Entre éstas se destacan los “estudios sobre el imperialismo americano”auspiciados por la Vanguard Press, que incluyó investigaciones sobre Cuba, la República Dominicana y Puerto Rico.⁷

En pocas obras se evidencia el papel determinante de la geopolítica en la historia caribeña como en *De Cristóbal Colón a Fidel Castro*, del escritor y político dominicano Juan Bosch, cuya tesis principal queda expresada en su subtítulo: *El Caribe, frontera imperial*. Para Bosch, la geopolítica ha actuado como una especie de fuerza cosmológica o de destino ineludible desde los inicios mismos de la Conquista, convirtiendo al Caribe en “una frontera de cinco siglos”. En sus propias palabras:

El Caribe está entre los lugares de la tierra [sic] que han sido destinados por su posición geográfica y su naturaleza privilegiada para ser frontera de dos o más imperios. Ese destino lo ha hecho objeto de la codicia de los poderes más grandes de Occidente y teatro de la violencia desatada entre ellos (BOSCH,1986,11).

Convertida la geografía en una especie de divinidad, en una suerte de “determinante indeterminado” (MIREN,1998), la evolución histórica de la zona caribeña es sintetizada por Bosch de la siguiente manera:

La historia del Caribe es la historia de las luchas de los imperios contra los pueblos de la región para arrebatarles sus ricas tierras; es también la historia de las luchas de los imperios, unos contra otros, para arrebatarse porciones de lo que cada uno de ellos había conquistado; y es por último la historia de los pueblos del Caribe para libertarse de sus amos imperiales (BOSCH,1986,12).

Estudiada desde esa óptica, se comprende, alega Bosch, “por qué ese mar americano ha tenido y tiene tanta importancia en el juego de la política mundial”. Inscritos dentro de su tesis de la “frontera imperial”, para él los “momentos críticos” de la historia caribeña –sus hechos históricos fundamentales– son “aquellos en que se lanzó un ataque militar o se realizó la conquista de un territorio de la región o aquellos en que se obtuvo un resultado parecido con otros medios que los militares” (BOSCH,1986,12,19). A lo largo de su historia, el Caribe ha vivido “bajo el signo trágico que les imponen los poderosos a las fronteras imperiales”.⁸ La geopolítica es el hilo de Ariadna de la historia caribeña.

Leyendo los manuscritos de Melquíades el gitano, Aureliano Babilonia, el último descendiente de la alucinante familia Buendía, se percató de que Macondo “sería arrasad[o] por el viento y desterrad[o]

de la memoria de los hombres”. A través de la escritura de la historia caribeña, Bosch llegó a conclusiones similares a las del gitano portentoso de la novela de Gabriel García Márquez. Destinado, según Bosch, a vivir bajo un sino trágico, parecería que el Caribe está condenado no a cien, sino a toda una eternidad de marginación y subordinación. Parecería que, como Macondo, el Caribe tampoco tiene “una segunda oportunidad sobre la tierra” (GARCÍA Márquez, 1971, 351).

“La isla que se repite”: El desarrollo económico y la dependencia

Mas la geopolítica no es el único factor que habría destinado al Caribe a ese sino trágico que parece negarle una nueva oportunidad entre las regiones del planeta. Según otra línea interpretativa sobre su historia, la economía ha tenido un papel más determinante aún. Como en la geopolítica, la geografía ocupa un sitio destacado en las interpretaciones que conciben al Caribe fundamentalmente a partir de ciertas estructuras económico-sociales. En tales concepciones, el carácter tropical de los países caribeños ha promovido un tipo de evolución económica específica cuyos elementos son: una estructura agraria (la plantación), un cultivo (la caña de azúcar) y diversas modalidades de trabajo coaccionado (entre ellas la esclavitud). La combinación de estos tres elementos habría permitido al Caribe maximizar su posición geográfica en el trópico. En el lenguaje de los economistas, su ventaja relativa estribaría en “transformar la luz solar en dinero”.⁹

Originada en las teorías mercantilistas, tal tipo de noción asumía la existencia de una división del trabajo y de una complementaridad entre las economías metropolitanas y las caribeñas (HIGMAN, 1999, 63-94). Amparadas en tales principios se articularon las economías azucareras del Caribe, primero como experimentos más o menos breves en el siglo XVI en Santo Domingo, Puerto Rico y Cuba, y, posteriormente, a partir del siglo XVII, en el resto del Caribe insular (WILLIAMS, 1973; DEERR, 1945-50; GALLOWAY, 1989; WATTS, 1990). Fue, precisamente, a raíz de la entronización de las plantaciones cañeras en las Antillas no españolas que los países caribeños pasaron a ser concebidos fundamentalmente

como “islas azucareras” (*sugar islands*), noción de profunda raíz colonial que habría de marcar a la región por los siglos venideros. Así, pues, en el siglo XX el Caribe sería visto como el área nuclear de eso que Charles Wagley denominó “plantation America” (la América de la plantación); y la historia de la región se interpretó fundamentalmente a partir del surgimiento, el auge y la decadencia de lo que Philip Curtin llamó “the plantation complex” (el complejo de la plantación) (WAGLEY,1957,3-13;CURTIN,1990). La plantación generaría un tipo de economía en particular, una estructura social determinada, caracterizada por la jerarquización económico-racial, y unas expresiones culturales cuyo rasgo predominante sería su “africanía”(MINTZ,1984; MORENO Fraginals, 1977;BASTIDE,1969).

La plantación fue el eje de un vasto complejo económico que vinculaba al Caribe y a otras regiones de América –entre ellas Brasil– con los mercados del Atlántico norte a través de la exportación de productos tropicales (azúcar, cacao, café, algodón, índigo y tabaco, entre otros) y con África por medio del comercio de esclavos. Por eso, en los siglos XVII-XVIII la plantación era percibida tanto por los europeos como por los criollos como la estructura económica más moderna y rentable en el Caribe; era concebida como la institución económica idónea para la región. Entre las élites caribeñas surgió un “élan plantador” que conllevó la defensa del sistema de plantaciones, sobre todo contra las políticas metropolitanas que de alguna manera ponían en peligro sus intereses económicos. En las colonias inglesas y francesas, que contaban con economías de plantación plenamente desarrolladas en el siglo XVIII, tal defensa se centró en garantizar su acceso privilegiado a los mercados metropolitanos, en obtener cantidades apropiadas de esclavos y en impedir que las políticas expansionistas de sus respectivas metrópolis conllevaran la incorporación de nuevos territorios que se pudieran convertir en productores de bienes tropicales, haciéndoles la competencia (WILLIAMS,1973;PARRY,1973;KLEIN,1986). Obviamente, uno de los aspectos fundamentales de esa “ideología de la plantación” fue la defensa a ultranza de la esclavitud, sobre todo a partir del siglo XVIII, cuando en los mismos centros metropolitanos emergieron voces que cuestionaban dicho sistema de trabajo (LEWIS,1987,94-170).

Tan crucial llegó a ser la plantación que se convirtió en el elemento central de varios proyectos que proponían la reestructuración de las economías coloniales. Para las élites de las colonias caribeñas que carecían de la capacidad productiva y del dinamismo comercial de las “islas azucareras” más evolucionadas, éstas se convirtieron en modelos que debían ser imitados. St Kitts y Barbados en el siglo XVII, al igual que Jamaica y Saint Domingue en el XVIII, fueron paradigmas que las élites de las colonias españolas, sobre todo, pretendieron emular. Frente a la mediocridad de sus economías exportadoras –especialmente del Santo Domingo español y de Puerto Rico–, las élites convirtieron a las colonias de Francia e Inglaterra en modelos económicos. Usando el lenguaje contemporáneo, la economía de plantación constituía una “vía de desarrollo” ya que conllevaba el establecimiento de un sistema económico altamente productivo que generaría un activo comercio con las metrópolis y que, en consecuencia, actuaría como fuente de creación y de acumulación de riquezas. Aunque hoy en día parezca un anacronismo, el “desarrollo vía la plantación” fue defendido por varias de las figuras claves de las élites criollas, entre ellos el dominicano Antonio Sánchez Valverde, el cubano Francisco Arango y Parreño, y el puertorriqueño Pedro Irizarri.¹⁰

Eventualmente la utopía se convirtió en pesadilla. La revolución haitiana y sus secuelas demostraron a las élites los peligros que acarrearía tal “vía de desarrollo”. La incorporación de grandes masas de esclavos a las sociedades del Caribe, aparte de incrementar los peligros de la “guerra de razas”, también colidió con los proyectos de redefinición de las relaciones políticas entre las colonias y las metrópolis, sobre todo con aquellos que podemos llamar “protonacionales”. Este dilema se agudizó a lo largo del siglo XIX a medida que las élites criollas asumieron posturas críticas o de franca oposición a las políticas metropolitanas. Primero, porque la trata de esclavos ataba a las colonias a las metrópolis; segundo, porque el monocultivo impedía la diversificación de las economías caribeñas; y, tercero, porque el tráfico de esclavos debilitaba la “esencia” de la comunidad protonacional. Concebidos los proyectos nacionales por los sectores letrados de las élites, para ellos la presencia de grandes contingentes de africanos –incluso de negros y mulatos criollos–

representaba un obstáculo mayúsculo para el surgimiento de entidades políticas modernas. Emblemáticos al respecto son Arango y Parreño y José Antonio Saco, cuyas concepciones de la “cubanía” los llevaron a oponerse a la trata de esclavos. Irónicamente, lo hicieron desde posturas racistas ya que para ambos la “cubanía” se fundaba en la población criolla blanca (LEWIS, 1987, 144-60; SACO, 1965).

En cada país caribeño tal tipo de cuestionamiento surgió en coyunturas específicas y adquirió matices particulares y emergió dependiendo de diversos factores, como las tendencias económicas, los conflictos sociales y las corrientes políticas e ideológicas. No obstante, lo que pretendo destacar en este momento es cómo la plantación, que antaño se vio casi unánimemente como una vía de desarrollo económico y de modernización, se comenzó a percibir como un factor de estancamiento y hasta de atraso (LEWIS, 1987, 171-320). Desde la perspectiva de ciertas corrientes ideológicas y políticas que buscaban la afirmación de lo “nacional” frente a lo metropolitano, la plantación se convirtió incluso en un elemento “antinacional”. Pero en el siglo XIX tales percepciones eran todavía incipientes; eran esgrimidas por pequeños grupos de intelectuales, usualmente identificados con posturas de oposición a los regímenes coloniales.

No fue sino hasta el siglo XX cuando se extendieron estas nociones, llegando eventualmente a convertirse en predominantes. La crisis económica de los años veinte y treinta jugó un papel crucial en debilitar el modelo de la plantación como eje de las economías caribeñas. A partir de ese momento, afloraron las interpretaciones que resaltaban cómo las economías de plantación habían contribuido a la dependencia, al empobrecimiento y al subdesarrollo de los países del Caribe. De igual manera, se enfatizó cómo socavaban los proyectos nacionales. Varias corrientes intelectuales confluyeron en esa dirección. Entre ellas hay que destacar al grupo de letrados que, a partir de los años veinte, se lanzó a repensar el papel del azúcar en la sociedad cubana. Entre ellos se destaca, por supuesto Ramiro Guerra y Sánchez, cuya obra *Azúcar y población en las Antillas* fue publicada originalmente en 1927 (GUERRA y Sánchez, 1970). Reflejando la noción de las “sugar islands”, según la cual no sólo la economía sino también la sociedad y la cultura de los países

caribeños eran productos casi exclusivos del sistema de plantaciones, Guerra y Sánchez realizó un ataque sistemático al predominio del latifundio extranjero sobre Cuba. En consecuencia, la plantación, el azúcar y sus concomitantes –el dominio extranjero, la dependencia económica y la inmigración de trabajadores negros provenientes de Jamaica y Haití– implicaban un debilitamiento de la nación cubana.

Esta perspectiva fue continuada por otros intelectuales cubanos, si bien con matizaciones. Fernando Ortiz interpretó la historia de Cuba a partir del conflicto entre dos cultivos, la caña de azúcar y el tabaco, cada uno de los cuales representaría una estructura social, unas prácticas culturales y hasta unos tipos humanos determinados (ORTIZ,1965). Por su parte, Raúl Cepero Bonilla sometió a una crítica sistemática las interpretaciones históricas que le adscribían al patriciado azucarero un papel protagónico en las luchas libertadoras del siglo XIX. Para decirlo en pocas palabras, según Cepero Bonilla, las luchas por la libertad –comenzando con las luchas a favor de la abolición de la esclavitud– se habían hecho no gracias al azúcar y al sistema de plantaciones, sino a pesar de y hasta en contra de ellos (CEPERO Bonilla,1976). Tal sería la línea argumentativa de historiadores cubanos posteriores, como Julio Le Riverend, Leví Marrero y, sobre todo, Manuel Moreno Friginals, quien llevó hasta sus límites el paradigma de la plantación azucarera como factor de subdesarrollo de la nación cubana (LE RIVEREND,1985; MARRERO,1983-84;MORENO Friginals,1978,1983).

En el Caribe no-hispano también emergió una tradición intelectual que ha tomado a la plantación como eje interpretativo de las sociedades caribeñas. Existe una corriente que relaciona a la plantación y la esclavitud con el surgimiento del capitalismo. Dicha vertiente se remonta a las primeras investigaciones históricas de Eric Williams, en particular a su obra clásica *Capitalism and Slavery* (WILLIAMS,1973;SOLOW, ENGERMAN,1987). Williams argumentó que la producción azucarera caribeña y el comercio de esclavos fueron los puntales del surgimiento del capitalismo en Inglaterra, pero que el mismo desarrollo del capitalismo en la metrópoli generó las fuerzas económicas, sociales e ideológicas que llevaron, a partir del tardío siglo XVIII, a la eventual erradicación de

la trata de esclavos y, luego, a la abolición definitiva de la esclavitud. Las tesis de Williams han sido fundamentales por varias razones, entre otras porque suscitaron un gran interés en el tráfico de esclavos. A largo plazo, propiciaron el estudio no solamente del tráfico de esclavos sino, también, de otras corrientes migratorias de trabajadores que fueron a engrosar la mano de obra de las plantaciones, entre ellas los culíes chinos en Cuba y los inmigrantes de la India que fueron a laborar a las colonias inglesas en el Caribe (BECKLES, 1993, 131-67; SHEPPERD, 1995).

La importancia de la plantación como eje articulador de los países del Caribe no-hispano se explica por varias razones, incluso porque la mayoría son islas relativamente pequeñas y donde, en consecuencia, el dominio de las plantaciones ha sido abrumador. Pero, como ha señalado Mintz, el tamaño y la mayor diversidad ecológica de las Antillas españolas les brindó a sus habitantes alternativas de subsistencia de las que carecieron los pobladores de las islas más pequeñas (MINTZ, 1974, 131-56, 1985, 127-53). En lugares como Barbados, St Kitts, Antigua, Martinica, Guadalupe y St Domingue, en los momentos de apogeo de sus economías azucareras, la sociedad estaba definida fundamentalmente por la plantación. En el ámbito teórico, esto se manifestó en la “escuela de la economía de plantación”, originada en los años sesenta y setenta por un grupo de economistas del Caribe inglés (sobre todo, Lloyd Best, George Beckford y Clyve Thomas) (BECKLES, 1991; BEST, 1968; BECKFORD, 1983; THOMAS, 1984). Su propuesta conceptual gira en torno a una teoría que, a partir del predominio de las economías de plantación, pretende explicar la dependencia, el atraso y el subdesarrollo de las sociedades caribeñas y, por extensión, de las sociedades tercermundistas en las cuales han prevalecido estructuras económicas semejantes a las del Caribe.

Este tipo de aproximación a la historia del Caribe se ha convertido en un verdadero arquetipo que ha predominado durante las últimas décadas, como se evidencia en la gran cantidad de investigaciones sobre las economías de plantación, el azúcar y la esclavitud, lo que contrasta enormemente con la escasez de obras sobre las economías y las sociedades no-plantadoras (SAN MIGUEL, 1997, 1999 y en proceso). Eregida en el núcleo de un poderoso e influyente metarrelato tropical, la Plantación

–con letra mayúscula– se ha convertido en una gran metáfora de las sociedades caribeñas según la cual una de sus partes ha terminado por sustituir a la totalidad (la sociedad). Esta percepción ha conllevado la proyección al conjunto de los países caribeños de la evolución histórica de aquellos países –mayormente del Caribe inglés y francés– en los cuales la plantación fue absolutamente dominante, y que se sintetiza en la noción de las “sugar islands”, concepto de evidente raigambre colonial. Acogida en una serie de obras historiográficas de gran relevancia pero circunscritas mayormente al Caribe no-hispano (DUNN, 1972; SHERIDAN, 1974), tal concepción ha terminado por obnubilar las peculiaridades de aquellos países caribeños en los que la plantación, por importante que haya sido, no fue tan preponderante. Desde tal perspectiva, el Caribe aparece como una “isla que se repite”, como lo califica Antonio Benítez-Rojo, como una región cuyos diversos territorios pasan ineluctablemente por las mismas fases y que padecen similarmente las mismas estructuras, emblematizadas por la plantación (BENÍTEZ-ROJO, 1996).

La identidad, o la mirada de Narciso

La plantación habría sido incluso determinante en inducir en las sociedades caribeñas esa mirada de Narciso que constituye el dilema de la identidad, el que ha atormentado a los sectores letrados a partir del siglo XVIII. En el Caribe, la historia, la economía, la demografía, la política y la cultura se han aunado para impedir el surgimiento de consensos sobre la identidad.

La multiplicidad de centros metropolitanos; una economía orientada hacia afuera, usualmente dominada por la plantación y por la esclavitud; una humanidad de nuevo cuño, formada por migrantes de todas las latitudes, para quienes el origen nacional y étnico, amén del criterio económico, constituían elementos de jerarquización social, son algunos de los factores que han marcado la discursiva en torno a la identidad (SAN MIGUEL, 1997, 61).

Entre los siglos XVI-XIX, la existencia de grandes contingentes de esclavos africanos y de sectores cada vez más amplios de negros y mulatos libres hizo que el color y el origen étnico se convirtieran en los criterios fundamentales de la identidad, que se puede definir como “la

suma de las marcas de diferenciación” (MOREIRAS, 1994, 204; TODOROV, 1991) con respecto a un «Otro» que se construye discursivamente, por oposición, a partir de lo que se considera propio del «Nosotros». Para las élites caribeñas, los referentes de la identidad provenían de los vínculos con las metrópolis. “Ante el «otro» –generalmente africano, esclavo y negro– el hacendado, el comerciante y el burócrata afirmaron su blancura (pretendida muchas veces) y su raigambre europea” (SAN MIGUEL, 1997, 61; KNIGHT, 1999, 200-32). Pero para las grandes masas del Caribe, la identidad usualmente se definía en otros sentidos.

El “problema de la identidad” se tornaría mucho más complejo a medida que las sociedades caribeñas se fueron criollizando, proceso que incidió tanto sobre las élites como sobre los sectores subalternos (CASIMIR, 1997). La ampliación de los grupos de negros y mulatos libres y el mestizaje cultural atenuaron las propuestas identitarias que habían prevalecido hasta entonces y que habían sido esgrimidas por las élites en su intento de marcar las diferencias con los «otros». Es decir, surgió un mundo afrocaribeño que desmentía las propuestas homogeneizantes construidas por las élites, fundadas en la equivalencia negro=esclavo=africano (MÖRNER, 1967; SÁNCHEZ-ALBORNOZ, 1974, 86-145; HOETINK, 1971; MINTZ, PRICE, 1985, 55-84).

A este proceso contribuyeron los variados ritmos de la economía, del tráfico de esclavos y los cambios demográficos; no menos importantes fueron la interacción entre los diversos grupos sociales, las políticas metropolitanas, las resistencias de los esclavos, al igual que los intercambios y las adaptaciones culturales (SAN MIGUEL, 1997, 62).

El resultado fue que, a partir de momentos determinados, la mayoría de los negros y los mulatos de las sociedades caribeñas no eran africanos, sino criollos. Muchos de ellos incluso lograron granjearse espacios significativos en la economía y en la sociedad en general (COHEN, 1972; HANDLER, 1974; COX, 1984; KINSBRUNER, 1996). Si bien a través de procesos muy complejos y conflictivos, las masas de negros y mulatos libres lograron integrarse cada vez más, ganándose espacios que tradicionalmente les fueron negados a sus ancestros. Esta nueva

realidad planteó un dilema mayúsculo a los sectores de las élites criollas interesados en redefinir el “pacto colonial”, ya fuese con la intención de reformarlo o de destruirlo. Conllevó, sobre todo, “una nueva articulación ideológico-discursiva en torno a la metrópoli y a las demás tradiciones étnico-culturales” que habían conformado a las sociedades coloniales, “y cuya existencia no podían ya eludir”(SAN MIGUEL,1997,64). En otras palabras, se tuvieron que reformular las discursivas en torno a la identidad, a ese «nosotros» cuya definición se comenzó a perfilar en un sentido nacional o al menos “protonacional”, en contra de un «otro» constituido por las metrópolis, por esos entes cada vez más lejanos que antaño habían ofrecido a las élites coloniales los referentes de la identidad. En el “largo siglo XIX”, las alternativas oscilaron entre la incorporación de las grandes masas a las luchas nacionales, tal como ocurrió en Saint Domingue a partir de Toussaint L’Overture, y su represión más despiadada, como ocurrió en Cuba a raíz de la Conspiración de La Escalera, en la década de los cuarenta del siglo XIX, e incluso a principios del siglo XX con las represalias tomadas contra el Partido Independiente de Color (JAMES,1963;PAQUETTE,1988;HELG,1995).

La revolución que estalló en Saint Domingue en 1791 como una revuelta de esclavos y que culminó con la destrucción de la economía de plantaciones y con la creación de la República de Haití en 1804, puso de manifiesto los peligros que corrían los sectores hegemónicos y las implicaciones que podía acarrear un enérgico cuestionamiento de las estructuras coloniales. Las élites caribeñas comprendieron que a la revolución no se juega; que hacerlo en el contexto de sociedades polarizadas económica y racialmente constituye un riesgo enorme. Por eso, mientras en el continente las colonias se liberaban a principios del siglo XIX, en el Caribe prevaleció la aquiescencia y la adhesión a los regímenes coloniales. Las excepciones fueron, por supuesto, Haití y, por carambola, Santo Domingo, que eventualmente se convirtió en un país independiente como consecuencia de la Revolución Haitiana. Mas los acontecimientos en Haití repercutieron en todo el Caribe. Por dondequiera las élites veían el “fantasma de Haití”. Porque lo cierto es que los esclavos sublevados levantaron el espectro de la “guerra de razas”, que fue la manera en que las élites concibieron la revuelta de los esclavos (MAINGOT,

1996,53-80;ALTAGRACIA Espada,1997). Desde la óptica de los sectores hegemónicos, la rebelión de los *esclavos* fue conceptualizada como una insurrección de *negros* contra *blancos*. Que lo era, por supuesto; pero no era solamente eso.

Un negro es un negro, me parece que escribió Marx en algún lugar; sólo en determinadas circunstancias históricas –continuaba el sabio alemán– existe como esclavo. Para las élites caribeñas, éstas eran sutilezas filosóficas difíciles de discernir; para ellas, un *negro* era un *esclavo*; y si no lo era, debería serlo. Pero, además, un negro era por definición un salvaje, un bárbaro; representaba la antípoda de los valores que provenían de las metrópolis europeas. Es decir, ser negro era no sólo lo opuesto de ser blanco; era, también, lo contrario de ser civilizado. Representaba, en síntesis, el antónimo de la identidad respetable, esa identidad a la que se aspiraba y que entre los grupos blancos fungía como elemento de cohesión, a pesar de sus diversos orígenes nacionales, y de las diferencias de riqueza y de estatus social. El color y el fenotipo eran –y quizás sigan siendo todavía– los emblemas más visibles de la identidad.

Tales concepciones, que se enraizaron en las sociedades americanas desde los inicios del periodo colonial, no desaparecieron en el Caribe con la abolición de la esclavitud, ni siquiera con los procesos políticos que, a lo largo del siglo XIX, fueron gestando las comunidades nacionales. Al contrario, las élites criollas se volvieron tributarias de las nociones raciales que habían predominado durante la época esclavista. Aun en aquellos países que alcanzaron una independencia temprana – como Haití, República Dominicana y, más tarde, Cuba– continuaron gravitando tales ideas (SAN MIGUEL,1992;NICHOLLS,1996;ORTIZ,1975; HELG,1990). Las “comunidades imaginadas”(ANDERSON,1994) por las élites criollas, incluso por sus sectores mulatos, estaban afincadas en la concepción de que “lo blanco” era “una forma de adscripción a una cultura, la Occidental”, que era la civilización por antonomasia. “Cuanto se alejaba de ese ideal era la muerte de la cultura. Lo «indio» y lo «negro» eran la barbarie, la imposibilidad de la civilización. El ideal del «blanqueamineto» era, por eso, un proyecto civilizador.”(SAN

MIGUEL, 1997, 120). En consecuencia, en aquellos países caribeños cuyas élites contenían una alta proporción de mestizos –Haití, por supuesto, es el ejemplo más notable–, los mulatos asumieron ese discurso de proximidad a lo Occidental (NICHOLLS, 1996, 33-141; SAN MIGUEL, 1997, 74-82; BELLEGARDE-SMITH, 1984, 1985). Como ha sugerido perspicazmente Laënnec Hurbon con relación a Haití, los mulatos justificaron su poder haciéndose “pasar por primo del amo (blanco) y por su legítimo sucesor al poder”, por su “heredero espiritual”; es decir, se autoproclamaron los portadores de la civilización (HURBON, 1993, 53).

No empujó sus prejuicios y recelos, durante el siglo XX las élites caribeñas –en especial sus sectores letrados– hicieron acercamientos a las clases subalternas, generalmente con la intención de realizar reformas económicas y sociales, y, en los países donde prevalecían sistemas coloniales –que eran la mayoría hasta después de la Segunda Guerra Mundial–, modificar sus sistemas políticos (BLANCO, 1985). Esta tendencia se agudizó a partir de los años veinte, cuando la crisis económica produjo el colapso de las economías agroexportadoras, predominantes hasta entonces (MORSE, 1967, 22-38). En ese contexto, las élites tuvieron que articular nuevas discursivas en torno a la identidad “nacional” con el fin de convocar a las clases subalternas. Tales discursivas fueron harto contradictorias. Por un lado, conllevaron cierta defensa de los intereses populares e, incluso, propuestas de avanzada social que implicaron ampliar los espacios políticos y de participación ciudadana de las masas, al igual que el reconocimiento de derechos económicos y sociales (KNIGHT, 1990, 193-306; LEWIS, 1968). Por el otro, tuvieron que “domesticar” a las masas, lo que se realizó tanto a través de medios políticos como de estrategias discursivas (SAN MIGUEL, 1999, 269-89). A partir de los años veinte y treinta surgieron movimientos políticos que apelaban a los campesinos y a los trabajadores, por lo que las élites asumieron “máscaras subalternas” con el fin de ganar la adhesión de los sectores trabajadores (SCARANO, 1996, 1398-431). Las élites tuvieron que reformular sus concepciones sobre la barbarie, representadas en las ideologías dominantes por esas masas de campesinos y trabajadores agrícolas – con frecuencia negros y mulatos– que constituían, en las primeras décadas del siglo XX, la mayoría de las poblaciones de los países del Caribe.

Tales reconceptualizaciones estuvieron, por supuesto, plagadas de contradicciones. Por un lado, en ellas pervivieron las ideas raciales heredadas del siglo XIX; por tal razón, en algunos países del Caribe, si bien se exaltó la figura del campesino como emblema de la nación, se puso énfasis en la figura del campesino blanco. En esas construcciones, las masas negras y mulatas permanecieron marginadas de los discursos sobre la identidad nacional, u ocuparon lugares subordinados, como entes potencialmente peligrosos o hasta disolventes (SAN MIGUEL, 1997, 82-95; GONZÁLEZ, 1989; GUERRA, 1998). Pero, por otro lado, surgieron figuras intelectuales y políticas que asumieron la incorporación de los elementos culturales y sociales afrocaribeños como un aspecto crucial en la redefinición de la identidad nacional. En el ámbito de las Ciencias Sociales sus figuras más destacadas fueron el maestro Fernando Ortiz y el etnógrafo haitiano Jean Price-Mars, cuya obra *Así habló el tío* (*Ainsi parla l'oncle*) representó un verdadero rescate de la cultura popular de su país, en especial de sus raíces africanas.¹¹ Con toda razón Price-Mars sería eventualmente reconocido como uno de los fundadores del movimiento de la *negritud* (MORENO Friginals, 1977, 337-62; COULTHARD, 1970, 12-51, 1968, 31-55). Fue en las artes y en la literatura donde se evidenciaron on mayor intensidad tales esfuerzos por reinventar las identidades del Caribe (KNIGHT, 1999, 231-2; MINTZ, PRICE, 1985, 181-218; DASH, 1997; MORENO Friginals, 1977, 152-84, 215-37, 304-24). La historiografía marchó a la zaga en este cambio cultural. Convertida en uno de las guardianes de las identidades de las élites, la historiografía actuó más bien como depositaria de sus tradiciones y de sus mitos fundacionales (SAN MIGUEL, 1999, 33-61).

Por supuesto, el ámbito privilegiado de estas identidades era el mundo letrado, en el que el predominio de la palabra escrita le confería una aureola de legitimidad a las propuestas identitarias que reafirmaban las jerarquías fundadas en las distinciones étnico-raciales (RAMA, 1996). De la cultura popular, anclada en la oralidad, emanaban otras expresiones sobre la identidad, las que comenzaron a penetrar los ámbitos sagrados de la escritura debido a la gestión de algunos intelectuales, pero, sobre todo, como efecto de las transformaciones sociales que ocurrieron en el Caribe. En primer lugar, por las transformaciones económicas que fueron

resquebrajando las jerarquías sociales heredadas del pasado, sobre todo de ese peculiar “antiguo régimen” caribeño en el que reinaban la plantación y la esclavitud. En segundo lugar, gracias a la incorporación de las grandes masas caribeñas a la vida pública a través de las luchas obreras y sindicales, las organizaciones religiosas, el cooperativismo, y la política partidista y el sufragio (BECKLES, 1993, 351-92; MOORE, 1998, 101-74; CROSS, 1988). En tercer lugar, debido al surgimiento de intelectuales y letrados provenientes de aquellos sectores que tradicionalmente habían sido marginados de las concepciones dominantes sobre la identidad. Por ejemplo, en el Caribe británico, desde fines del siglo XIX, comenzó a emerger una clase media de negros y mulatos, muchos de los cuales se convirtieron en propietarios, profesionales y empleados públicos. A ello contribuyó el sistema educativo que se estableció en esos países, que brindó oportunidades –si bien escasas– a los más talentosos estudiantes de las colonias. De estos sectores medios salieron figuras claves de la historiografía caribeña, que lo fueron, precisamente, porque comenzaron a producir interpretaciones sobre el Caribe en las que directa o indirectamente se cuestionaban los paradigmas sobre la identidad. Me refiero a Eric Williams –el primer colonial en doctorarse en Historia, de hecho en una universidad metropolitana–, C.L.R. James y Elsa Goveia (MOORE, 1998, 1-35; BECKLES, 1993, 261-312; KNIGHT, 1999, 219-28).

Las tendencias que presagiaron estas figuras se evidenciaron cabalmente luego de los años cincuenta. Los acontecimientos de la posguerra, como la efervescencia antiimperialista y tercermundista, la descolonización del Caribe y la Revolución Cubana contribuyeron a replantear el problema de la identidad. La plena incorporación de las clases subalternas a los procesos políticos y las grandes transformaciones sociales que ocurrieron en el Caribe y en América Latina fueron decisivos en esa especie de “revolución cultural” en torno a la identidad (GÉIGEL Gaztambide, 1996, 36-42). Si bien a la zaga de la literatura y de la producción artística en general, la historiografía comenzó, lentamente, a reformular las identidades caribeñas. Entre los años sesenta y setenta empezaron a proliferar obras en las que las identidades y, en consecuencia, las épicas nacionales de los países caribeños, giraron fuertemente en torno a los trabajadores y los campesinos. Y como en el Caribe ha existido desde la

Conquista una relación inseparable entre la clase social, el color y la “raza”, esa centralidad de los sectores subalternos implicó conferirle mayor importancia a las identidades étnicas no europeas, especialmente a las de origen africano (BECKLES,1993,493-539;MAINGOT,1996; CRAHAN,1980).

Fenómenos como la creciente movilidad social y la emigración a Europa y los Estados Unidos también han suscitado cuestionamientos a las concepciones sobre la identidad prevalecientes a principios del siglo XX. En los centros metropolitanos los emigrantes y sus descendientes han estremecido las concepciones elaboradas por los intelectuales tradicionales, que daban voz a las identidades canónicas. Desde Nueva York, Miami, París, Londres, Amsterdam y Madrid se recuerda a los habitantes del Caribe que hay diversas maneras de sentirse puertorriqueño, cubano, haitiano, martiniqués, jamaquino, barbadense, curazaoleño o dominicano (FLORES,1979;BEHAR,1995;TORRES-SAILLANT,1999). Es decir, la identidad ha dejado de considerarse un agregado de atributos fijos, de rasgos inmutables que reiterarían eternamente una esencia comunitaria, y que se expresaría tanto en un conjunto de características culturales como en una serie de aspectos físicos. La incorporación de las agendas femeninas y feministas ha tenido repercusiones similares sobre las identidades tradicionales, cuyos articuladores han sido mayormente hombres. Definidas desde una perspectiva masculina, estas identidades preconizaban un orden patriarcal basado en rígidas jerarquías sexuales y de género. Narradas las identidades canónicas a través de metáforas sobre la familia, en ellas los “padres fundadores” eran los únicos que legítimamente podían pontificar sobre el “ser”, aparte, por supuesto, de haber aportado ellos los “hechos seminales” que habrían sentado los fundamentos de ese “hogar” que sería la identidad (DÍAZ Quiñonez,1992,9-65;GELPÍ,1993). Por lo tanto, toda interpretación que se desviase de tales paradigmas quedaba fuera de las identidades canónicas. Las mujeres tenían sólo un lugar subordinado en esas concepciones. En consecuencia, la recuperación de las historias de las mujeres ha contribuido de forma radical a desvirtuar las monolíticas –y autoritarias– identidades construidas por esos *pater familias* culturales, que es como se han autorrepresentado los letrados caribeños (STUBBS,1999,95-135;RAMOS,1992;MATOS,1998;

CANCEL,1997;SHEPHERD,1995).

A la transformación de las concepciones sobre la identidad también contribuyeron varios académicos metropolitanos que se dedicaron a estudiar la formación histórico-social del Caribe desde perspectivas novedosas y usualmente con nuevas sensibilidades hacia los pueblos de la región. Entre los iniciadores de esas nuevas miradas hacia los «Otros» se destacan el antropólogo Sidney Mintz (norteamericano), los historiadores Gordon Lewis (británico) y Gabriel Debien (francés), y el sociólogo e historiador Harry Hoetink (holandés) (MINTZ,1974;HOETINK, 1971;LEWIS,1968;DEBIEN,1978). Irónicamente, en ocasiones estas “miradas imperiales” resultaron cruciales en el estudio de las identidades en los ámbitos intelectuales y académicos. Baste mencionar como ejemplo el destacadísimo papel que tuvo Mintz en iniciar en Puerto Rico –y por extensión, en el Caribe en general– una historia desde la óptica de los trabajadores y los campesinos, una “historia desde abajo” que resultó decisiva en el eventual replanteamiento de la identidad (MINTZ,1974; STEWARD,1966;SAN MIGUEL,1999,45-54;SCARANO,1988,9-50). A esto contribuyó asimismo una serie de doctrinas políticas y sociales –incluyendo el nacionalismo revolucionario, el anticolonialismo y algunas de las vertientes del marxismo–, que cuestionaban el dominio de los países hegemónicos en el ámbito mundial y la explotación de las clases trabajadoras por el capitalismo. Todo esto coincidió con la renovación de la historiografía a partir de los años cincuenta debido al surgimiento de los historiadores marxistas ingleses, a la creciente influencia de la “escuela de los *Annales*”, y a la gestación de las “nuevas historias” que emergieron en Europa, los Estados Unidos y América Latina en los años sesenta y setenta (FONTANA,1982,167-246;ZUNZ,1985;BURKE,1992;CORCUERA Mancera,1997).

El resultado de este conjunto de procesos fue una verdadera implosión de las concepciones sobre la identidad que habían prevalecido en la historiografía del Caribe. De ser temas marginales o insignificantes en los estudios históricos, los temas sobre las identidades subalternas – incluyendo los relacionados con la “raza”, y la etnicidad – se convirtieron en los ejes centrales de buena parte de la historiografía del Caribe, sobre

todo en aquellos países cuyas economías fueron dominadas por la plantación y la esclavitud (SCARANO,1988;HIGMAN,1999,233-82; GUTIERREZ,MONTEIRO,1990). De igual forma, cada vez abundan más los estudios que se refieren a la cultura popular –la música, el baile, el carnaval, las artes populares, las tradiciones orales y el deporte– y cómo la misma expresa o constituye a las identidades subalternas (QUINTERO Rivera, 1998,1986,152-81;“Konnu and Carnival”,1990,3-4;ALLEYNE,1999,19-45; O’BRIEN,1983,23-53;KLEIN,1991). En consecuencia, se han debilitado las antiguas concepciones que proponían una identidad homogénea, granítica y excluyente. Porosas, heterogéneas, maleables, híbridas y múltiples, hoy es más apropiado hablar de identidades, en plural, de una multiplicidad de concepciones sobre el “ser” que expresan toda la complejidad de la historia caribeña.

La identidad es un mito de los orígenes que remite a un deseo, a una utopía personal o colectiva, usualmente vinculada con un proyecto político o social (FLORES,1993). Sin horizonte ni utopía no existe problema de identidad. Fue por ello que algunos de los primeros cuestionamientos sobre la identidad provinieron de aquellos grupos de criollos que se plantearon la necesidad de modificar las relaciones entre las metrópolis y las colonias. El proyecto político –la afirmación de los intereses coloniales– acarrió una nueva propuesta identitaria, un nuevo enunciado sobre el “ser” que viabilizara y justificara en el ámbito de los valores la alteración del orden imperante. La identidad, para decirlo en otras palabras, expresa no sólo lo que se “es” –o lo que se imagina uno que es– sino también lo que se quiere o se pretende llegar a ser.

Las resistencias de los subalternos

Plantear el tema de la identidad es traer a colación la cuestión del poder. Y la cuestión del poder remite a las oposiciones a la dominación, a la autoridad, a la exacción, a la jerarquía y a la coacción. Es decir, remite a las resistencias, a ese multifacético y complejo conjunto de actos de los sectores o grupos subordinados –ya sea por razones de clase, de origen, étnico-raciales o de género– con el propósito de mitigar o rechazar las exigencias de los sectores hegemónicos o dominantes, del Estado o

de cualquier otra fuente de poder que realice tales demandas, o que intente imponerse por la fuerza, la violencia o la coerción (SCOTT, 1985, 1990). Vinculadas desde sus orígenes a diversas formas de opresión y subordinación, las utopías en el Caribe han existido en una tensión constante entre la opresión y las resistencias. Se puede argumentar que la historia del Caribe se inició con un acto de imperio. En un típico gesto de poder - porque, después de todo, conferirle nombres a las cosas es una manera de apropiárselas -, Colón llamó San Salvador a la isla que sus habitantes llamaban Guanahaní, Juana a Cuba, y Española a la isla que hoy comparten Haití y la República Dominicana. Este acto de enunciación preludió la apropiación de los territorios del Caribe por las potencias europeas y la sujeción de sus poblaciones, acciones ambas que generalmente conllevaron cambios de nombre. Parecía imposible alcanzar la gloria llamándose Anacaona, Hatuey o Caguax. Llamarse María, Juan o José brindaba ventajas innegables para ganarse el cielo.

Las crónicas de los conquistadores contienen numerosos relatos de las resistencias que opusieron los aborígenes del Caribe a los recién llegados, que pronto se convirtieron en sus opresores. Esas narraciones van desde la temprana andanada de flechazos que, durante su primer viaje, recibieron Colón y sus acompañantes en el llamado Golfo de las Flechas, en la Isla Española, hasta la fiera resistencia que opuso una anónima mujer indígena al ataque sexual del que fue objeto en el segundo viaje, suceso que conocemos gracias a Diego Álvarez Chanca, físico de la expedición y perpetrador de tan singular “encuentro de dos mundos” (CARO Costas, 1983, 25-7). A medida que se incrustó el dominio español, los cronistas narraron las rebeliones de los indígenas. Atribuidas a su ruindad, su maldad, su naturaleza “ingrata” y sus “malas inclinaciones y obras” (FERNÁNDEZ Méndez, 1970, 42), las sublevaciones de los indios antillanos recibieron la condena unánime de los cronistas, a excepción de Las Casas quien se preguntaba, ante las crueldades e iniquidades cometidas por los conquistadores, si no tenían los aborígenes “justo título y derecho para contra los cristianos mover y sostener justa guerra”.¹²

Similar condena recibieron los ataques de los supuestos indios caribes y, posteriormente, los levantamientos de los esclavos africanos,

convertidos en sostén de la economía antillana a raíz del exterminio de la población indígena. Desde la óptica “civilizadora” de los europeos de los siglos XVI y XVII, las rebeliones de los indígenas y los esclavos eran una muestra más de su salvajismo. Esta concepción prevalecería por los siguientes siglos –en ocasiones, hasta el mismísimo siglo XX–, por lo que permeó los escritos de los primeros cronistas e historiadores criollos. Herederos ideológicos de la Conquista y de los esquemas de explotación instaurados a partir de entonces, la *intelligentsia* colonial suscribió en lo fundamental la visión de los conquistadores. A lo sumo, desarrollaron una visión dual de sus respectivas metrópolis. Por un lado, estaba la “madre patria” sublime, hidalga, llena de “elevadas miras”, portadora de los más altos valores de la civilización y dispensadora de esa identidad que en las colonias confería un sentido de superioridad. Por el otro, estaba la metrópoli “mezquina”, representada por burócratas corruptos y venales, y por inmigrantes ambiciosos que aspiraban a arrebatarse a los criollos de abolengo lo que éstos consideraban que eran sus legítimos derechos sobre las colonias (MARTÍNEZ Peláez, 1975, 50-1). Pero en lo que respecta a las clases subalternas, las élites y los letrados criollos suscribieron las concepciones que surgieron en la temprana época colonial. Los intereses económicos, amén de los criterios de la “raza”, el color y la cultura –definida en lo fundamental en términos de la religión y la lengua–, generaron un fuerte sentido de solidaridad entre los criollos de las clases altas y medias y los sectores metropolitanos. A sus ojos, las rebeldías de los esclavos representaban un peligro a sus intereses económicos, al orden colonial y a la civilización cristiana misma.

En sus narraciones históricas, los letrados criollos resaltaron aquellos antagonismos con los sistemas coloniales que sustentaban y validaban sus reclamos políticos; es decir, enfatizaron los conflictos que se referían a sus propias querellas contra los poderes metropolitanos (ÁLVAREZ Curbelo, 1998). Con frecuencia, al calor de tales conflictos las élites criollas iniciaron su estudio de la Historia, travesía hacia el pasado que pretendía identificar los albores de una nueva identidad, y “descubrir” las justificaciones éticas para impugnar un orden colonial que, desde su perspectiva, se tornaba cada vez más injusto (SAN MIGUEL, 1997, 36-44; QUINTERO Rivera, 1996, 45-79; CASTRO, 1988-89, 9-35). La reflexión histórica

criolla se originó en un programa de regeneración política. El producto fue una narrativa que trazaba la “genealogía” nacional y cuyos “héroes” eran aquellas figuras que habían marcado el surgimiento de las nuevas identidades comunitarias. Los nudos de su trama eran los hechos fundacionales de la “comunidad imaginada” por los criollos, y los conflictos y las resistencias que habían protagonizado esas figuras prometeicas (LUGO-ORTIZ,1999).

En esas narrativas históricas los sectores subalternos no jugaban ningún papel significativo; como mucho, eran la “materia prima” que usaban los sectores dominantes para elaborar sus proyectos sociales y políticos. Carentes de miras e iniciativas propias, las masas se circunscribían a seguir a los sectores dirigentes. En el peor de los casos, constituían un verdadero lastre al proyecto político de las élites. Tales concepciones fueron comunes entre los letrados caribeños de principios del siglo XX, irrespectivamente de sus posiciones políticas. Radicales, moderados y conservadores pensaban que las masas debían seguir el dictamen de los “próceres”. Carentes las clases populares de capacidad contestataria, sin nociones precisas sobre la identidad y sin horizontes políticos, según tal concepción la misma regeneración de las masas sería tarea de un “escaso número de hombres puros y conscientes” dispuestos a sacrificarse por patriotismo y por “deber” (BOSCH, 1974). Ésta fue la tónica predominante en las investigaciones históricas hasta muy entrado el siglo XX. Definida la política a partir de los criterios de las élites, los ámbitos de acción de las clases subalternas eran marginados de las reflexiones y las investigaciones históricas. Las mismas luchas anticoloniales fueron interpretadas fundamentalmente desde la óptica de las élites (SPIVAK, 1988, 3-32, 37-44).

La obra que inició la inserción de las clases populares en las interpretaciones históricas se refiere, y no por casualidad, a Haití, primer país del Caribe en convertirse en una nación independiente, y cuya libertad fue consecuencia de una revolución social que conmocionó a toda América. *The Black Jacobins*, de C.L.R. James, publicada en 1938, representa un verdadero hito en la historiografía caribeña debido a que rompió con los modelos narrativos prevaletentes. En primer lugar, porque

en ella las masas ocupan el papel más destacado, no empece la relevancia que James le brindó al liderato revolucionario, en especial a Toussaint L'Overture. En consecuencia, James logró transmitir cabalmente "su creencia de que la gente común posee una capacidad extraordinaria para lograr cosas excepcionales", como demoler la principal economía esclavista del Caribe en el siglo XVIII y destruir el sistema colonial sobre el cual se sostenía y, a la vez, al que nutría. En segundo lugar, porque el foco de James es decisivamente el Caribe, no los centros metropolitanos (KNIGHT,1990,249-51;SCARANO,1999,249-51;HENRY,BULHE,1992). Estos rasgos sobresalientes de la obra de James evidencian que su visión del Caribe giraba en torno a dos corrientes históricas, a dos grandes vertientes de las luchas caribeñas por la libertad: a las luchas de los sectores populares por obtener una mayor justicia social y a las luchas en contra del colonialismo. Es decir, en la obra de James convergieron dos vertientes de la historia de las resistencias en el Caribe que pocas veces habían coincidido.

No obstante, la perspectiva inaugurada por James tendría que esperar varias décadas para adquirir legitimidad y para convertirse en una de las tendencias más vigorosas, creativas y enriquecedoras de la historiografía caribeña y de su producción intelectual en general. Relacionada obviamente con las reformulaciones sobre la identidad que ocurrieron a partir de los años cincuenta y con los proyectos políticos y sociales concomitantes a éstas, a partir de los años setenta las luchas y las resistencias de los subalternos se convirtieron en los núcleos de la historiografía caribeña. Inspiradas en las corrientes políticas radicales que proliferaron en esos años, que le confirieron un lustre especial a las gestas revolucionarias y a los movimientos que confrontaban directamente a las estructuras de poder, dos de las vertientes de las luchas populares que más llamaron la atención de los historiadores fueron las rebeliones de los esclavos y el cimarronaje (SCARANO,1988,272-5;PRICE,1973;BARNET,1979;CAMPBELL,1990;HART,1984;PATTERSON,1967;CRATON,1982;FOUCHARDE,1988;BARALT,1982;GENOVESE,1981).

Y era de esperarse que así fuera. Convertida la esclavitud en una de las "palabras clave" de la Historia caribeña, en uno de esos términos

o conceptos que han articulado la discursiva sobre su pasado, fungiendo como metáfora de la opresión y la explotación que ha sufrido la región, las luchas contra ella se convirtieron en parte de un discurso redentorista que constituía una alegoría de sus luchas por la libertad. Igualmente, y dado el clima de los años sesenta y setenta, cuando parecía que la batalla final de los “condenados de la Tierra” era inminente, las investigaciones sobre las rebeliones, las conspiraciones y las resistencias abiertas de los esclavos actuaban como una suerte de “demostración” tanto de la legitimidad ética de esas formas de lucha, que conllevaban el uso de la violencia, como de la posibilidad de que ellas contribuyeran a la destrucción de las cadenas de la opresión. Debido, sobre todo, a las influencias del marxismo, las fugas, las cimarronadas y las rebeliones de los esclavos fueron vistas como parte de esas luchas de clase que eventualmente llevarían a la total supresión de la explotación económica y a la redención de los trabajadores. De igual forma, no empecé constituir los esclavos una clase “premoderna” y de constituir sus luchas formas “prepolíticas” de resistencia a la opresión (HOBBSAWN,1965), éstas habrían contribuido a debilitar a los regímenes coloniales y a socavar su infraestructura económica. Además, habrían sido agentes catalíticos en el surgimiento de los cuestionamientos morales e ideológicos de la esclavitud que se suscitaron tanto en las colonias como en las metrópolis (DAVIS Brion, 1966,1975,1984;HOLT,1992).

Fueron múltiples las reverberaciones y las implicaciones ideológicas del estudio de las revueltas de los esclavos. Son palpables, por ejemplo, sus nexos culturales con los movimientos de la negritud, del *Black Power*, del “retorno a África” y de las luchas por los derechos civiles. También es evidente su relación con las luchas anticoloniales en el Caribe, África y Asia, en especial con sus manifestaciones ideológicas, como las obras de Frantz Fanon y Albert Memmi (FANON,1972,1970;MEMMI,1969). Debido, por otro lado, a que el estudio comparativo de los sistemas esclavistas de las Américas demostraba que las sublevaciones y las revueltas de los esclavos fueron más frecuentes e intensas en los países de América Latina y el Caribe que en los Estados Unidos (GENOVESE,1981), se sugería la corrección de las teorías sobre el papel revolucionario de los países del Tercer Mundo *vis-a-vis* Europa y los

Estados Unidos. En otras palabras, concordaba con la noción, entonces en boga, de que la revolución se movía de la “periferia” hacia el “centro”, o del “campo” hacia la “ciudad”. En el ámbito historiográfico, las investigaciones sobre las rebeliones de los esclavos constituyeron un poderoso mentís a las tesis sobre la benevolencia de los sistemas esclavistas en los países colonizados por España y Portugal frente a una supuesta mayor rudeza y crueldad de los demás regímenes esclavistas (TANNEMBAUM, 1946; ELKINS, 1963; FONER, GENOVESE, 1969; GENOVESE, 1971; KLEIN, 1967).

Los estudios sobre las rebeliones esclavas constituyeron la punta de lanza de un nuevo paradigma histórico en el cual las clases subalternas ocupaban el lugar central. Ello fue así tanto en lo que respecta a las clases premodernas, como los esclavos y los campesinos, como en las modernas. En diversos países del Caribe se realizaron investigaciones sobre el surgimiento y las luchas del proletariado, tanto en sus versiones urbanas como rurales (CROSS, 1988; HARAKSINGH, 1999; GARCÍA Márquez, 1982; VV.AA., 1975; CABRERA, 1969, 1985; CASSÁ, 1990). En consecuencia, las historias nacionales pasaron a concebirse a partir de la evolución de sus respectivas clases trabajadoras; sus luchas y sus expresiones culturales se convirtieron en los ejes interpretativos de la Historia caribeña. Así, para Walter Rodney la Historia de Guyana se sintetiza en la Historia de sus sectores trabajadores; de igual forma, para Ángel Quintero Rivera los enigmas de la política puertorriqueña a principios del siglo XX encuentran su explicación al desentrañar “la otra cara de la historia”, la historia de las clases trabajadoras (RODNEY, 1981; QUINTERO Rivera, 1976, 1988; GONZÁLEZ, 1984). De ausentes en las narraciones históricas, los sectores subalternos pasaron a ser los “héroes” de las “épicas nacionales” en las “nuevas historias” que surgieron en el Caribe en los años setenta.

A tono con esta corriente, se ampliaron los temas de investigación, abarcando aspectos de la vida de los sectores populares que previamente quedaban fuera de la historiografía. Al respecto, las influencias de la Antropología resultaron cruciales ya que, debido a su tradicional énfasis en lo premoderno, en lo exótico y en la vida cotidiana, había prestado

gran interés a los sectores populares (SAN MIGUEL, 1999). Esto es palpable en las tendencias más recientes en los estudios sobre los sectores subalternos del Caribe; por ejemplo, en las investigaciones sobre la Historia de las mujeres. Concentrados en los temas más convencionales de la Historia —la política y la economía—, originalmente proliferaron los estudios sobre la participación de las mujeres en la producción y el comercio, y en cómo fueron ganando espacios en la vida pública, incluso en la política formal (ACOSTA, 1980; BAERGA, 1993; BARCELÓ, 1997; BECKLES, 1990; MATOS Rodríguez, 1999). La teoría subyacente a tales investigaciones era que las mujeres sólo alcanzaban su autonomía personal rompiendo con los espacios domésticos, su emancipación se lograba en las esferas de lo público. No obstante, este modelo ha sufrido modificaciones a medida que han florecido las investigaciones sobre el género, la organización familiar y la sexualidad, que han cuestionado las separaciones tajantes entre lo público y lo privado. Como ejemplo hay que mencionar el trabajo pionero de Verena Martínez sobre las relaciones raciales y los valores sexuales en la Cuba decimonónica (MARTINEZ-ALIER, 1974). En este estudio, que combina la Historia y la Antropología, se demuestra que no existe tal separación entre lo público y privado; que hasta lo más íntimo, como la selección de pareja y la sexualidad, posee implicaciones públicas; y que, por otro lado, los determinantes sociales, como las percepciones sobre la raza y el “color”, inciden sobre los comportamientos más personales y recónditos. Incluso, las relaciones entre las parejas y los valores sexuales y familiares producen discursos y prácticas que trascienden esos espacios, y que generan relaciones de poder en el ámbito de la *polis*, en la comunidad político-social en que se insertan (STUBBS, 1999; QUIÑONES Arocho, 1997; RODRÍGUEZ Santana, 1997, 30-42, 80-95; FLORES, 1982, 83-104; FINDLAY, 1998, 139-72).

Esta aproximación al ámbito de lo privado, hacia los espacios de lo micro, ha conllevado reformulaciones sobre las resistencias. Pensadas originalmente las resistencias en función de la tradición revolucionaria, que implicaba transformaciones económicas y sociales radicales, eventualmente comenzaron a despuntar otras expresiones de la oposición de los sectores subalternos a los esquemas de poder. Para decirlo de forma sintética, se comenzó a valorizar lo que James Scott ha denominado

las “resistencias cotidianas”, esas manifestaciones consuetudinarias de contraposición, conflicto, pugna, desafío, porfía y reto que se gestan y expresan de manera oculta, encubierta o discreta. “Armas del débil”, ha llamado Scott con propiedad a tal tipo de resistencia ya que responden a una relación de dominación en la que el equilibrio de fuerzas es tan desigual que impide o bloquea una oposición abierta y frontal (SCOTT, 1990). Estas resistencias cotidianas son, por demás, las formas de oposición más comunes ya que no conllevan un cuestionamiento a la totalidad del orden imperante, por lo que pueden expresarse de manera espontánea en el curso de la vida habitual, y pueden asumir una enorme diversidad de manifestaciones – incluso simbólicas y alegóricas – y tramitarse por medios aparentemente inocuos e inofensivos.

Tal fue el caso, por ejemplo, de las múltiples formas en que los esclavos intentaron ganar espacios económicos, sociales y culturales autónomos. Con relación al surgimiento de actividades económicas propias, fue Sidney Mintz quien primero insistió en el desarrollo de actividades “proto-campesinas” entre los esclavos, las que incluían el cultivo de pequeños pedazos de tierra, la crianza de animales y la venta de sus productos en los mercados locales (MINTZ, 1974, 131-224). Tales prácticas constituyeron un verdadero espacio de lucha y de resistencia de los esclavos, quienes tuvieron que defender el tiempo que empleaban en dichas actividades y pugnar por obtener la movilidad que les garantizaba la venta de sus productos (MARSHALL, 1991; BECKLES, 1991, 31-47). Otras expresiones fueron aquellas acciones de los esclavos en los centros de trabajo que equivalían a un verdadero sabotaje del proceso productivo. ¿Cuánta, por ejemplo, de la indolencia, la negligencia, la incompetencia y la vagancia que los propietarios achacaban a sus esclavos eran parte de esa estrategia de lucha que conllevaba hacer lo menos posible? Con frecuencia, la resistencia tomaba formas más directas y se manifestaba en la destrucción de herramientas y maquinaria, o en el robo de los frutos (GENOVESE, 1970; ROLL, 1976). Por supuesto, estas formas de resistencia no fueron exclusivas de los esclavos. Los diversos sectores de las clases artesanales y proletarias emplearon formas similares de lucha, como se evidencia en las quemadas de cañaverales durante el siglo XX y en la destrucción o el sabotaje de la maquinaria (RAMOS Andrés, 1988; TALLER,

1982; LEGRAND, 1995, 555-96; DUARTE, 1973; STUBBS, 1989).

Pero, ¿cuán efectivas han sido tales formas de lucha en modificar o trastocar los esquemas de explotación y subordinación impuestos por las clases dominantes? ¿Cuán significativas han sido en alterar los términos de la explotación, la obediencia y la sujeción? Quiero comenzar con lo que ya mencioné sobre la participación de los esclavos en la producción y en la venta de bienes, fenómeno que fue más común en el Caribe inglés y francés que en el hispano y el holandés (SCARANO, 1999, 270). En primer lugar, estas actividades, si bien se desarrollaban en los márgenes de la economía de plantación, permitieron a los esclavos aumentar y diversificar su consumo de alimentos. De igual manera, les permitieron a algunos de ellos obtener pequeños ingresos monetarios que fueron usados para comprar su libertad o la de sus familiares. Visto desde una perspectiva macroeconómica y en la “larga duración”, también fueron cruciales en el desarrollo de un mercado interno en algunos de los países del Caribe, como en Jamaica, donde estas prácticas se encontraban muy extendidas (MINTZ, 1974, 180-224; HIGMAN, 1996, 211-31; HALL, 1959; EISNER, 1974). Más aún, al decretarse la abolición de la esclavitud en los años treinta del siglo XIX, miles de libertos se lanzaron a comprar tierra, lo que no hubiese sido factible sin esa tradición de autonomía económica que habían desarrollado previamente. Esa tradición cimentó a ese campesinado negro que emergió en el Caribe británico luego de la abolición, fue capaz de insertarse en la producción para el mercado y fue exitoso en la obtención de tierra (MINTZ, 1974, 157-79; HOLT, 1992; MARSHALL, 1993, 99-106). Como ha argumentado Thomas Holt, a través de sus acciones los esclavos, los libertos y sus descendientes fueron capaces de darle concreción a la noción abstracta de la libertad. Recurriendo, también, a peticiones discretas y comedidas a través de los organismos formales, como el sistema legal, hubo esclavos que alcanzaron la libertad, o que impugnaron la opresión que sufrían usando los mismos principios jurídicos, ideológicos y morales esgrimidos por los sectores dominantes y el Estado (HOLT, 1992; SCOTT, 1985).

La Historia del campesinado caribeño también ofrece numerosos ejemplos de las implicaciones de las resistencias cotidianas. La misma

existencia de las economías campesinas se puede considerar, como ha sugerido Mintz, como una respuesta creativa al dominio de la plantación. Por tal razón se ha considerado que en el Caribe el campesinado constituye uno de los pilares más importantes de la cultura de la “contraplantación”. La lucha del campesinado por la tierra representa una de las expresiones más concretas de esa tradición de oposición a la plantación (SAN MIGUEL, 1999,163-202,239-74). No obstante, la oposición al latifundismo es sólo una de las formas de resistencia de los campesinos. Con frecuencia, sus luchas económicas se han escenificado en ámbitos convencionales, como la producción para el mercado, pero en los cuales defienden su supervivencia (SAN MIGUEL, 1997; PICÓ, 1981; BALDRICH, 1988). También se han esforzado por retener su fuerza de trabajo y por determinar en qué y cómo la emplean. Esto ha sido así, sobre todo, cuando los sectores hegemónicos y el Estado han intentado controlar el trabajo de los campesinos y de los trabajadores rurales con la intención de obtener mano de obra para sus latifundios o con el fin de construir obras públicas. Al respecto, Fernando Picó ha demostrado cómo los campesinos sin tierra de Puerto Rico en el siglo XIX fueron capaces, a través de una variedad de estratagemas, maniobras y subterfugios, de circunvenir las disposiciones del Estado para obligarlos a contratarse como jornaleros (PICÓ, 1983, 1993; SAN MIGUEL, 1989). Asimismo, durante la ocupación norteamericana de 1916-24, los campesinos de la República Dominicana enfrentaron el trabajo obligatorio y las contribuciones establecidas por el Gobierno a través de la evasión, el boicot y el ocultamiento. Así defendieron sus ingresos, su fuerza de trabajo y hasta sus tierras (SAN MIGUEL, 1999, 203-37). En tiempos más normales, han protegido de igual forma sus ingresos y sus recursos en contra de los comerciantes, los intermediarios y los prestamistas (SAN MIGUEL, 1997, 263-300; PICÓ, 1993).

Las resistencias de las clases subalternas en el ámbito cultural pueden ser tan significativas –o hasta más aún– como las que operan en la esfera de lo material. La supervivencia de formas culturales de origen africano o su rearticulación en expresiones culturales de nuevo cuño, propiamente afrocaribeñas, es suficientemente elocuente para sugerir lo vigoroso de esas resistencias. Las religiones afrocaribeñas constituyen una de sus muestras más ricas y extraordinarias (DEPESTRE, 1968;

SCHULER, 1980, 65-79; DEIVE, 1988; MARTÍNEZ, 1991; SOSA Rodríguez, 1982). Sin embargo, con frecuencia se obvian las conexiones entre las pugnas en torno a la producción simbólica y los conflictos económicos y políticos. En otras palabras, las resistencias de los subalternos en el ámbito cultural poseen una dimensión material que no se puede soslayar (THOMPSON, 1966, 1979). Una de sus tácticas más comunes ha estribado en emplear los argumentos de los poderosos, pero interpretándolos desde su propia óptica, demostrando la hipocresía o la falsedad de las pretensiones de superioridad o de legitimidad de los grupos dominantes (SAN MIGUEL, 1999, 239-74). Precisamente, uno de los aspectos más novedosos de los estudios sobre los sectores subalternos estriba en examinar las manifestaciones simbólicas y discursivas de sus resistencias. Este tipo de indagación debe contribuir a identificar sus concepciones sobre el poder, la historia, la cultura y las relaciones entre las clases.

Las expresiones discursivas de la subalternidad remiten a cómo se le da “voz” a los sectores subalternos en las narrativas históricas del Caribe, cuestión que cada día adquiere mayor relevancia debido a los debates contemporáneos en las Ciencias Sociales y la historiografía en torno al problema de la representación, a la posibilidad de personificar en nuestros textos las vidas y las experiencias de los «Otros», de hombres que son distintos a «Nosotros» (PRICE, 1983; CERTEAU, 1985; CLIFFORD, MARCUS, 1986; GEERTZ, 1996; BERKKHOFER, 1997; WHITE, 1986). ¿Cómo “traducimos” al lenguaje letrado y académico unas experiencias que a fin de cuentas no nos pertenecen, que son ajenas? ¿Cómo justificamos el “apoderarnos” impunemente de esas vidas? ¿Con qué derecho nos “apropiamos” de esas vivencias, rebautizándolas con nuestros conceptos y nuestras categorías, para supuestamente volverlas más comprensibles e inteligibles? ¿Qué representamos en nuestros textos; cómo lo hacemos; para qué lo hacemos? ¿Cuánto de lo que hacemos estriba en apropiarnos del «Otro» para representarlo de acuerdo a nuestras particulares fábulas espaciales e identitarias? Parecería que los historiadores del Caribe enfrentamos un dilema bastante parecido al que confrontaron aquellos confundidos españoles del siglo XV que se esforzaron por comprender una geografía que les era totalmente extraña. Irónicamente, quizás no seamos sino sucesores de ese marino extraviado que llegó al Caribe en

aquel remoto octubre de 1492, y que construyó una geografía novedosa a base de lo que sabía, de lo que fue viendo y escuchando, y de lo que imaginó, pero sobre todo de sus propios deseos y de lo que anhelaba encontrar.

NOTAS

- 1 Esta ponencia se originó en un seminario para maestros en el que participé en 1994. Agradezco al entonces director del Departamento de Historia de la Universidad de Puerto Rico, Luis Agrait, por hacer factible mi intervención en el mismo y, en consecuencia, por haber suscitado originalmente esta reflexión; a Laura Muñoz por haber instigado la mutación de lo que desde entonces era un simple bosquejo en este texto; y a Olga Cabrera por hacer posible su presentación en el I Simposio Internacional del CECAB.
- 2 “Carta de Cristóbal Colón [25 de abril de 1493]”, *Viajes de Cristóbal Colón*, ed. por M. Fernández de Navarrete, Madrid, 1922, 207-8, Sobre los mitos en torno a las amazonas y los antropófagos, ver: Mercedes López-Baralt, *El mito taíno: Raíz y proyecciones en la amazonia continental*, Río Piedras, 1976, esp. 40-8, 72-3.
- 3 Las obras clásicas sobre el dilema “civilización o barbarie” son: *Facundo*, 6ª ed.; Buenos Aires, 1974, de Domingo Faustino Sarmiento, y *Ariel*, San Juan, 1968, de José Enrique Rodó. No obstante, ésta es una cuestión que, expresada de diversas maneras, recorre buena parte de la producción intelectual de América Latina. Ver al respecto: Roberto Fernández Retamar, *Calibán: Apuntes sobre la cultura de nuestra América*, 2ª ed., México, 1974; y, sobre todo, Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina: Literatura y política en el siglo XIX*, México, 1989.
- 4 Si bien especializada en cuestiones militares, la *Bibliografía militar del Caribe*, Río Piedras, 1992, compilada por Humberto García Muñoz y Betsaida Vélez Natal, incluye una buena cantidad de obras más generales que responden a esta concepción.
- 5 Eric Williams, *From Columbus to Castro: The History of the Caribbean, 1492-1969*, 2ª imp., New York, 1973, 69-94. La cita proviene de la página 69. A menos que indique lo contrario, las traducciones del inglés son mías. Sobre las concepciones históricas de Williams, ver: Anthony P. Maingot, “Politics and populist historiography in the Caribbean”, Alistair Hennesy (ed.), *Intellectuals in the Twentieth-Century Caribbean*, 2 vols.; London, 1992, II, 145-74; y Humberto García-Muñiz, “Geopolitics and geohistory in Eric Williams’ discourse on Caribbean integration”, Brian Moore y Swithin Wilmot (eds.), *Before & After 1865: Education, Politics and Regionalism in the Caribbean*, Kingston, 1998, 272-81.
- 6 Arturo Morales Carrión, *Auge y decadencia de la trata de esclavos en Puerto Rico, 1820-1860*, San Juan, 1978. Para evaluaciones críticas de las interpretaciones de Morales Carrión, ver: María Dolores Luque y Juan E. Hernández Cruz (coordinadores), *Obra historiográfica de Arturo Morales Carrión*, San Germán, 1993.

- 7 Leland H. Jenks, *Our Cuban Colony: A Study in Sugar*, New York, 1928; Melvin M. Knight, *The Americans in Santo Domingo*, New York, 1928; y Baily W. y Justine W. Diffie, *Porto Rico: A Broken Pledge*, New York, 1931. Estas obras dieron prioridad a las dimensiones económicas del imperialismo, por lo que trascendieron sus dimensiones geopolíticas en sentido restringido.
- 8 Bosch, *De Cristóbal Colón a Fidel Castro*, 33. Esta percepción es llevada por Bosch a sus extremos *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*, México, 1968, obra escrita luego de su derrocamiento como presidente de la República Dominicana, de la guerra civil en su país y de su invasión por tropas norteamericanas. Sobre las concepciones históricas de Bosch, en particular sobre su concepción “trágica” de la historia, ver: San Miguel, *La isla imaginada*, 49-55 y 141-83; y Maingot, “Politics and populist historiography”.
- 9 C.G. Hagelberg, “Sugar in the Caribbean: Turning sunshine into money”, Sidney W. Mintz y Sally Price (eds.), *Caribbean Contours*, Baltimore, 1985, 85-126. Tal tipo de interpretación está vinculada con la “staple theory of economic growth”.
- 10 Ver: Antonio Sánchez Valverde, *Idea del valor de la Isla Española* [1785], Santo Domingo, 1971; Francisco de Arango y Parreño, “Discurso sobre la agricultura de La Habana y medios de fomentarla” [1792], en: *De la factoría a la colonia*, La Habana, 1936, p.21-113; e “Informe de Don Pedro Irizarri, Alcalde Ordinario de San Juan, sobre las Instrucciones que debían darse a Don Ramón Power, Diputado por Puerto Rico ante las Cortes para promover el adelanto económico de la Isla. Año 1809”, Eugenio Fernández Méndez (ed.), *Crónicas de Puerto Rico: Desde la conquista hasta nuestros días, 1493-1955*, 2ª ed., Río Piedras, 1970, 345-72.
- 11 Entre la abundante obra de Fernando Ortiz se encuentran: *Ensayos etnográficos*, La Habana, 1984; *Los negros curros*, La Habana, 1986; *Los negros esclavos*, La Habana, 1987; y *Estudios etnosociológicos*, La Habana, 1991. Sobre Ortiz, ver: Jorge Ibarra, “La herencia científica de Fernando Ortiz”, *Revista Iberoamericana*, 152-153, 1990, 1339-51; y Diana Iznaga, *Transculturación en Fernando Ortiz*, La Habana, 1989. De Jean Price-Mars, *Así habló el Tío*, trad. de Virgilio Piñera y Prólogo de René Depestre, La Habana, 1968. Sobre Price-Mars: San Miguel, *La isla imaginada*, 101-39; y Jacques C. Antoine, *Jean Price-Mars and Haiti*, Washington, DC, 1981.
- 12 *Biblioteca de clásicos dominicanos*. Vol. IV: Oviedo/Las Casas, *Crónicas escogidas*, Santo Domingo, 1988, 378. Para una síntesis de las rebeliones indígenas, ver: Roberto Cassá, *Los indios de las Antillas*, Madrid, 1992, 241-57.

BIBLIOGRAFIA

- ACOSTA, Edna Belén (ed.), *La mujer en la sociedad puertorriqueña*, Ediciones Huracán, Río Piedras, 1980.
- AINSA, Fernando, *De la Edad de Oro a El Dorado: Génesis del discurso utópico americano*, 1ª reimp., Fondo de Cultura Económica, México, 1998.
- ALLEYNE, Mervyn C., "Linguistics and the oral tradition", *General History of the Caribbean*. Vol. VI: *Methodology and Historiography of the Caribbean*, ed. por B. W. Higman, UNESCO Publishing y Macmillan Education, London y Oxford, 1999.
- ALTAGRACIA ESPADA, Carlos, *La utopía del territorio perfectamente gobernado: Miedo y poder en la época de Miguel de la Torre*, Tesis de maestría, Departamento de Historia, Universidad de Puerto Rico-Río Piedras, Río Piedras, 1997.
- ÁLVAREZ Curbelo, Silvia, *El afán de la modernidad: La constitución de la discursividad moderna en Puerto Rico, Siglo XIX*, Tesis doctoral, Departamento de Historia, Universidad de Puerto Rico-Río Piedras, Río Piedras, 1998.
- ANDERSON, Benedict. *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, 2ª ed. rev., Verso, London, 1994.
- ANTOINE, Jacques C. *Jean Price-Mars and Haiti*, Three Continents Press, Washington DC, 1981.
- ARANGO Y PARREÑO, Francisco de *Discurso sobre la agricultura de La Habana y medios de fomentarla. De la factoría a la colonia*, Secretaría de Educación, Dirección de Cultura, La Habana, 1936.
- ARENS, W. *El mito del canibalismo: Antropología y antropofagia*, Siglo XXI, México, 1981.
- BAERGA, María del Carmen (ed.), *Género y trabajo: La industria de la aguja en Puerto Rico y el Caribe hispánico*, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, San Juan, 1993.
- BALDRICH, Juan José, *Sembraron la no siembra: Los cosecheros de tabaco puertorriqueños frente a las corporaciones tabacaleras, 1920-1934*, Ediciones Huracán, Río Piedras, 1988.
- BARALT, Guillermo A, *Esclavos rebeldes: Conspiraciones y sublevaciones de esclavos en Puerto Rico, 1795-1873*, Ediciones Huracán, Río Piedras, 1982.
- BARCELÓ, María de Fátima Miller, *La lucha por el sufragio femenino en Puerto Rico, 1896-1935*, Ediciones Huracán y Centro de Investigaciones Sociales-UPR, Río Piedras, 1997.
- BARNET, Miguel, *Biografía de un cimarrón*, Centro Editor de América Latina,

- Buenos Aires, 1979.
- BARTRA, Roger, *El salvaje en el espejo*, 1ª reimp., Ediciones Era y Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1998.
- BASTIDE, Roger, *Las Américas negras: Las civilizaciones africanas en el Nuevo Mundo*, Alianza Editorial, Madrid, 1969.
- BECKFORD, George L, *Persistent Poverty: Underdevelopment in Plantation Economies of the Third World*, 2ª ed. abr., Maroon Publishing House y Zed Books, Morant Bay y London, 1983.
- BECKLES, Hilary McD, "Economic interpretations of Caribbean history", *General History of the Caribbean*. Vol. VI: *Methodology and Historiography of the Caribbean*, ed. por B.W. Higman, UNESCO Publishing y Macmillan Education, London y Oxford, 1999; "An economic life of their own: Slaves as commodity producers and distributors in Barbados", BERLIN, Ira y MORGAN, Philip D. (eds.), *The Slaves' Economy: Independent Production by Slaves in the Americas*, Frank Cass, London, 1991; *Natural Rebels: A Social History of Enslaved Black Women in Barbados*, New Brunswick, Rutgers University Press, NJ, 1989; y Shepherd, Verene (eds.), *Caribbean Freedom: Economy and Society from Emancipation to the Present*, Ian Randle Publishers y James Currey, Kingston y London, 1993.
- BEHAR, Ruth (ed.), *Bridges to Cuba/Puentes a Cuba*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1995.
- BELLEGARDE-SMITH, Patrick, "Dantès Bellegarde o la fe en occidente", Dantès Bellegarde, *La nación haitiana*, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Santo Domingo, 1984; *In the Shadow of Powers: Dantès Bellegarde in Haitian Social Thought*, Humanities Press International, Atlantic Heights, NJ, 1985.
- BENÍTEZ-ROJO, Antonio, *The Repeating Island: The Caribbean and the Postmodern Perspective*, trad. de James E. Maraniss, 2ª ed., Duke University Press, Durham, 1996.
- BERKHOFER, Robert F., Jr, *Beyond the Great Story: History as Text and Discourse*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1997.
- BEST, Lloyd, "The mechanism of plantation type economies: Outlines of a model of pure plantation economy", *Social and Economic Studies*, 17, 1968. *Biblioteca de clásicos dominicanos*, Vol. IV: Oviedo/Las Casas, *Crónicas escogidas*, Fundación Corripio, Santo Domingo, 1988.
- BILBY, Kenneth M, "The Caribbean as a musical region", Sidney W. Mintz y Sally Price (eds.), *Caribbean Contours*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1985.
- BITTERLI, Urs, *Los «salvajes» y los «civilizados»: El encuentro de Europa y Ultramar*, 1ª reimp., Fondo de Cultura Económica, México, 1998.

- BLANCO, Tomás, *El prejuicio racial en Puerto Rico*, estudio preliminar de Arcadio Díaz Quiñones, 3ª ed., Ediciones Huracán, Río Piedras, 1985.
- BOSCH, Juan, *De Cristóbal Colón a Fidel Castro: El Caribe, frontera imperial*, 5ª ed.; Alfa y Omega, Santo Domingo, 1986; *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*, Siglo XXI, México, 1968; "Un pueblo en un libro", JIMÉNEZ Grullón, Juan, *La República Dominicana: Análisis de su pasado y de su presente*, 3ª ed., Editora Cosmos, Santo Domingo, 1974.
- BURKE, Peter (ed.), *New Perspectives on Historical Writing*, University Park, Penn., Pennsylvania State University Press, Pennsylvania, 1992.
- BUSH, Barbara, *Slave Women in Caribbean Society, 1650-1838*, Heinemann Publishers, Indiana University Press y James Curry, Kingston, Bloomington y London, 1990.
- CABRERA, Olga, *Los que viven por sus manos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985; *El movimiento obrero cubano en 1920*, Instituto del Libro, La Habana, 1969.
- CAMPBELL, Mavis C., *The Maroons of Jamaica, 1655-1796: A History of Resistance, Collaboration and Betrayal*, Africa World Press, Trenton, NJ, 1990.
- CANCEL, Mario R. (comp.), *historia y género: Vidas y relatos de mujeres en el Caribe*, Asociación Puertorriqueña de Historiadores y Postdata, San Juan, 1997.
- CARO COSTAS, Aida, *Antología de lecturas de historia de Puerto Rico, Siglos XV-XVIII*, 2ª ed., Edición de la autora, San Juan, 1983.
- CASIMIR, Jean, *La invención del Caribe*, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, San Juan, 1997.
- CASSÁ, Roberto, *Los indios de las Antillas*, Madrid, Editorial MAPFRE, 1992; *Movimiento obrero y lucha socialista en la República Dominicana, Desde los orígenes hasta 1960*, Fundación Cultural Dominicana, Santo Domingo, 1990.
- CASTRO, María de los Ángeles, "De Salvador Brau a la «novísima historia»: un replanteamiento y una crítica", *Boletín del Centro de Investigaciones Históricas*, Facultad de Humanidades, UPR-Río Piedras, Río Piedras, 4, 1988-89.
- CEPERO BONILLA, Raúl, *Azúcar y abolición*, Barcelona, Editorial Crítica, 1976.
- CERTEAU, Michel de, *La escritura de la historia*, Universidad Iberoamericana, México, 1985.
- CLIFFORD, James, MARCUS, George E. (eds.), *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*, University of California Press, Berkeley, 1986.
- COHEN, David W., GREENE, Jack P. (eds.), *Neither Slave nor Free: The*

- Freedmen of African Descent in the Slave Societies of the New World*, Johns Hopkins, University Press, Baltimore, 1972.
- CORCUERA MANCERA, Sonia de, *Voces y silencios en la historia. Siglos XIX y XX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1997.
- COULTHARD, G.R., "Negritude: Reality and mystification", *Caribbean Studies*, X, 1, 1970; "Paralellisms and divergences between *negritude* and *indigenismo*", *Caribbean Studies*, VIII, 1, 1968.
- COX, Edward L., *Free Coloreds in the Slave Societies of St. Kitts and Grenada, 1763-1833*, University of Tennessee Press, Knoxville, 1984.
- CRAHAN, Margaret E., KNIGHT, Franklin W. (eds.), *Africa and the Caribbean: The Legacies of a Link*, Johns Hopkins, University Press, Baltimore, 1980.
- CRATON, Michael, *Testing the Chains: Resistance to Slavery in the British West Indies*, Cornell University Press, Ithaca, NY, 1982.
- CROSS, Malcolm, HEUMAN, Gad (eds.), *Labour in the Caribbean: From Emancipation to Independence*, Warwick University Caribbean Studies, London, 1988.
- CURTIN, Philip, *The Rise and Fall of the Plantation Complex*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990.
- DASH, J. Michael, *Haiti and the United States: National Stereotypes and the Literary Imagination*, 2^a ed.; London, Macmillan Press y St Martin's Press, 1997.
- DAVIS BRION, David, *The Problem of Slavery in the Age of Revolution, 1770-1823*, Cornell University Press, Ithaca, NY, 1975; *The Problem of Slavery in Western Culture*, Cornell University Press, Ithaca, NY, 1966; *Slavery and Human Progress*, Oxford University Press, New York, 1984.
- DEBIEN, Gabriel, *Les esclaves aux Antilles Françaises XVIIe-XVIIIe siècles*, Basse-Terre, Société d'Histoire de la Guadeloupe, 1978.
- DEERR, Noel, *The History of Sugar*, 2 vols.; Chapman and Hall, London, 1949-50.
- DEIVE, Carlos, *Vodú y magia en Santo Domingo*, 2^a ed.; Fundación Cultural Dominicana, Santo Domingo, 1988.
- DEPESTRE, René, "Prólogo", Jean Price-Mars, *Así habló el tío*, Casa de las Américas, La Habana, 1968. ix-xxxi; "Saludo y despedida de la negritud", Manuel Moreno Fraginals (relator), *África en América Latina*, Siglo XXI y Unesco, México, 1977.
- DÍAZ QUIÑONES, Arcadio, "El enemigo íntimo: cultura nacional y autoridad en Ramiro Guerra y Sánchez y Antonio S. Pedreira", *Boletín del Centro de Investigaciones Históricas*, Facultad de Humanidades, UPR-Río Piedras, 7, 1992.

- DIFFIE, Baily W. y DIFFIE, Justine W., *Porto Rico: A Broken Pledge*, Vanguard Press, New York, 1931.
- DOLORES, María Luque y HERNÁNDEZ; CRUZ, Juan E., (coordinadores), *Obra historiográfica de Arturo Morales Carrión*, Centro de Investigaciones Sociales del Caribe y América Latina, Universidad Interamericana, San Germán, 1993.
- DUARTE, Martín, *La máquina torcedora de tabaco y las luchas en torno a su implantación en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973.
- DUNN, Richard S. *Sugar and Slaves: The Rise of the Planter Class in the English West Indies, 1624-1713*, Norton, New York, 1973.
- DUSSEL, Enrique, *The Invention of the Americas: Eclipse of the «Other» and the Myth of Modernity*, trad. de Michael D. Barber, Continuum Publishing Comp., New York, 1995.
- EISNER, Gisela, *Jamaica, 1830-1930: A Study in Economic Growth*, reimp., Greenwood Press, Westport, Conn., 1974.
- ELKINS, Stanley M., *Slavery: A Problem in American Institutional & Intellectual Life*, Universal Library, New York, 1963.
- FANON, Frantz, *Los condenados de la Tierra*, 2ª ed., Fondo de Cultura Económica, México, 1972; *¡Escucha, blanco!*, 2ª ed., Editorial Nova Terra, Barcelona, 1970.
- FERNÁNDEZ Méndez, Eugenio, (ed.), *Crónicas de Puerto Rico: Desde la conquista hasta nuestros días, 1493-1955*, 2ª ed., Editorial de la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 1970.
- FERNÁNDEZ NAVARRETE, M., *Viajes de Cristóbal Colón*, Espasa-Calpe, Madrid, 1922.
- FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto, *Calibán: Apuntes sobre la cultura de nuestra América*, 2ª ed., Editorial Diógenes, México, 1974.
- FINDLAY, Eileen J., "Love in the tropics: Marriage, divorce, and the construction of benevolent colonialism in Puerto Rico, 1898-1910", JOSEPH, Gilbert M., LEGRAND, Catherine C., SALVATORE, Ricardo D. (eds.), *Close Encounters of Empire: Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations*, Duke University Press, Durham, 1998.
- FLORES, Juan, *Insularismo e ideología burguesa, Nueva lectura de A.S. Pedreira*, Ediciones Huracán, Río Piedras, 1979.
- FONER, Laura, GENOVESE, Eugene D. (eds.). *Slavery in the New World: A Reader in Comparative History*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall, NJ, 1969.
- FONTANA, Josep, *Historia: Análisis del pasado y proyecto social*, Editorial Crítica, Barcelona, 1982.
- FOUCHARD, Jean, *Le marrons de la liberté*, Editions Henri Deschamps, Port-

- au-Prince, 1988.
- GALEANO, Eduardo, *Las venas abiertas de América Latina*, 2ª ed., Siglo XXI, México, 1973.
- GALINDO FLORES, Alberto, *Buscando un inca: Identidad y utopía en los Andes*, Grijalbo y CONACULTA, México, 1993.
- GALLOWAY, J.H., *The Sugar Cane Industry: An Historical Geography from its Origins to 1914*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel, *Cien años de soledad*, 27ª ed., Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1971.
- GARCÍA, Gervasio L. y QUINTERO RIVERA A.G., *Desafío y solidaridad: Breve historia del movimiento obrero puertorriqueño*, Ediciones Huracán, Río Piedras, 1982.
- GARCÍA-MUÑIZ, Humberto, "Geopolitics and geohistory in Eric Williams' discourse on Caribbean integration", Brian Moore y Swithin Wilmot (eds.), *Before & After 1865: Education, Politics and Regionalism in the Caribbean*, Ian Randle Publishers, Kingston, 1998; y Vélez Natal, Betsaida (comps). *Bibliografía militar del Caribe*, Centro de Investigaciones Históricas, Universidad de Puerto Rico-Río Piedras, Río Piedras, 1992.
- GÉIGEL GAZTAMBIDE, Antonio, "Corretjer, Oubao-Moin, y la revolución cultural", Antonio Gaztambide Géigel y Silvia Álvarez Curbelo (eds.), *historias vivas: Historiografía puertorriqueña contemporánea*, Asociación Puertorriqueña de Historiadores y Postdata, San Juan, 1996.
- GEERTZ, Clifford et al., *El surgimiento de la antropología posmoderna*, 3ª ed., Gedisa, Barcelona, 1996.
- GELPÍ, Juan, *Literatura y paternalismo en Puerto Rico*, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, San Juan, 1993.
- GENOVESE, Eugene D., *Economía política de la esclavitud: Estudios sobre la economía y la sociedad en el Sur esclavista*, Editorial Península, Barcelona, 1970; *From Rebellion to Revolution: Afro-American Slave Revolts in the Making of the New World*, Vintage, New York, 1981; *Roll, Jordan, Roll: The World the Slaves Made*, Vintage, New York, 1976; *The World the Slaveholders Made: Two Essays in Interpretation*, Vintage, New York, 1971.
- GONZÁLEZ, José Luis, "Literatura e identidad nacional en Puerto Rico", QUINTERO RIVERA, A.G., et al., *Puerto Rico: Identidad nacional y clases sociales, Coloquio de Princeton*, Ediciones Huracán, Río Piedras, 1979; *El país de cuatro pisos y otros ensayos*, 7ª ed., Ediciones Huracán, Río Piedras, 1989.
- GONZÁLEZ, Lydia Milagros y QUINTERO RIVERA, A.G., *La otra cara de la historia: La historia de Puerto Rico desde su cara obrera*. Vol. I: 1800-

- 1925, Centro de Estudios de la Realidad Puertorriqueña, Río Piedras, 1984.
- GUERRA y SÁNCHEZ, Ramiro, *Azúcar y población en las Antillas* [1927], Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970.
- GUERRA, Lillian, *Popular Expression and National Identity in Puerto Rico: The Struggle for Self, Community and Nation*, University Press of Florida, Gainesville, 1998.
- GUHA, Ranajit, "On some aspects of the historiography of colonial India", Ranajit Guha y Gayatri Chakravorty Spivak (eds.), *Selected Subaltern Studies*, Oxford University Press, New York, 1988.
- GUTIÉRREZ, Horacio, MONTEIRO, John M. (compiladores), *A escravidão na América Latina e no Caribe: Bibliografia básica*, Centro de Estudos Latino Americanos, Universidade Estadual Paulista, São Paulo, 1990.
- HAGELBERG, C.G., "Sugar in the Caribbean: Turning sunshine into money", MINTZ, Sidney W., PRICE, Sally (eds.), *Caribbean Contours*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1985.
- HALL, Douglas. *Free Jamaica, 1838-1865: An Economic History*, Yale University Press, New Haven, 1959.
- HANDLER, Jerome, *The Unappropriated People: Freedmen in the Slave Society of Barbados*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1974.
- HARAKSINGH, Kusha, "Labour movements in Caribbean history", *General History of the Caribbean*. Vol. VI: *Methodology and Historiography of the Caribbean*, ed. por B.W. Higman, UNESCO Publishing y Macmillan Education, London y Oxford, 1999.
- HART, Richard, *Esclavos que abolieron la esclavitud*, Casa de las Américas, La Habana, 1984.
- HELG, Aline, *Our Rightful Share: The Afro-Cuban Struggle for Equality, 1886-1912*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1995; "Race in Argentina and Cuba, 1880-1930: Theory, policies, and popular reaction", Richard Graham (ed.), *The Idea of Race in Latin America, 1870-1940*, University of Texas Press, Austin, 1990.
- HENRY, Paget, BUHLE, Paul (eds.), *C.L.R. James's Caribbean*, Duke University Press, Durham, 1992.
- HIGMAN, B.W., "The development of historical disciplines in the Caribbean", *General History of the Caribbean*. Vol. VI: *Methodology and Historiography of the Caribbean*, ed. por B.W. Higman, UNESCO Publishing y Macmillan Education, London y Oxford, 1999; "Patterns of exchange within a plantation economy: Jamaica at the time of emancipation", Roderick A. McDonald (ed.), *West Indies Accounts: Essays on the History of the British Caribbean and the Atlantic Economy in Honour of Richard Sheridan*, The Press-

- University of the West Indies, Kingston, 1996.
- HOBBSAWM, Eric, *Primitive Rebels: Studies in Archaic Forms of Social Movement in the 19th and 20th Centuries*, Norton, New York, 1965.
- HOETINK, H., *Caribbean Race Relations: A Study of Two Variants*, Oxford University Press, Oxford, 1971; "Race and Color in the Caribbean", Sidney W. Mintz y Sally Price (eds.), *Caribbean Contours*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1985.
- HOLT, Thomas C., *The Problem of Freedom: Race, Labor, and Politics in Jamaica and Britain, 1832-1938*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1992.
- HULME, Peter, *Colonial Encounters: Europe and the Native Caribbean, 1492-1797*, Methuen, London, 1986.
- HURBON, Laënnec, *El bárbaro imaginario*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993.
- IBARRA, Jorge, "La herencia científica de Fernando Ortiz", *Revista Iberoamericana*, 1990.
- IGLESIAS GARCÍA, Fé, "Historiography of Cuba", *General History of the Caribbean*. Vol. VI: *Methodology and Historiography of the Caribbean*, ed. por B.W. Higman, UNESCO Publishing y Macmillan Education, London y Oxford, 1999.
- IZNAGA, Diana, *Transculturación en Fernando Ortiz*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989.
- JAMES, C.L.R., *The Black Jacobins: Toussaint L'Ouverture and the San Domingo Revolution*, 2^a ed., Vintage, New York, 1963.
- JENKS, Leland H., *Our Cuban Colony: A Study in Sugar*, Vanguard Press, New York, 1928.
- KINSBRUNER, Jay, *Not of Pure Blood: The Free People of Color and Racial Prejudice in Nineteenth-Century Puerto Rico*, Duke University Press, Durham, 1996.
- KLEIN, Alan M., *Sugarball: The American Game, the Dominican Dream*, Yale University Press, New Haven, 1991.
- KLEIN, Herbert S., *La esclavitud africana en América Latina y el Caribe*, Alianza Editorial, Madrid, 1986; *Slavery in the Americas: A Comparative Study of Virginia and Cuba*, University of Chicago Press, Chicago, 1967.
- KNIGHT, Franklin W., *The Caribbean: The Genesis of a Fragmented Nationalism*, 2^a ed., Oxford University Press, New York, 1990; "Race, ethnicity and class in Caribbean history", *General History of the Caribbean*. Vol. VI: *Methodology and Historiography of the Caribbean*, ed. por B.W. Higman, UNESCO Publishing y Macmillan Education, London y Oxford, 1999.

- KNIGHT, Melvin M., *The Americans in Santo Domingo*, Vanguard Press, New York, 1928.
- “Konnu and Carnival: Caribbean Festival Arts”, número especial de *Caribbean Quarterly*, 36, 1990.
- LE RIVEREND, Julio, *Historia económica de Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985.
- LEGRAND, Catherine C., “Informal resistance on a Dominican sugar plantation during the Trujillo dictatorship”, *Hispanic American Historical Review*, 75, 4, 1995.
- LEWIS, Gordon K., *The Growth of the Modern West Indies*, New York, Monthly Review Press, 1968; *Main Currents in Caribbean Thought: The Historical Evolution of Caribbean Society in its Ideological Aspects, 1492-1900*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1987.
- LÓPEZ-BARALT, Mercedes, *El mito taíno: Raíz y proyecciones en la amazonia continental*, Ediciones Huracán, Río Piedras, 1976.
- LUGO-ORTIZ, Agnes I., *Identidades imaginadas: Biografía y nacionalidad en el horizonte de la guerra, Cuba 1860-1898*, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, San Juan, 1999.
- MAHRO, The Radical Historians Organization. *Visions of History: Interviews with E.P. Thompson [et al.]*, Pantheon, New York, 1983.
- MAINGOT, Anthony P., “Haiti and the terrified consciousness of the Caribbean”, Gert Oostindië (ed.), *Ethnicity in the Caribbean*, Warwick University Caribbean Studies, London, 1996; “Politics and populist historiography in the Caribbean”, Alistair Hennessy (ed.), *Intellectuals in the Twentieth-Century Caribbean*, 2 vols., Warwick University Caribbean Studies, London, 1992.
- MARRERO, Leví, *Cuba: Economía y sociedad. Tomos IX-X: Azúcar, ilustración y conciencia, 1763-1868*, Playor, Madrid, 1983-4.
- MARSHALL, Woodville K., “Peasant development in the West Indies since 1838”, Hilary Beckles y Verene Shepherd (eds.), *Caribbean Freedom: Economy and Society from Emancipation to the Present*, Ian Randle Publishers y James Currey, Kingston y London, 1993; “Provision ground and plantation labour in four Windward Islands: Competition for resources during slavery”, *Slavery and Abolition*, 12, 1991.
- MARTÍNEZ, Lusitania, *Palma Sola: Opresión y esperanza, Su geografía mítica y social*, Centro Dominicano de Estudios de la Educación, Santo Domingo, 1991.
- MARTÍNEZ PELÁEZ, Severo, *La patria del criollo: Ensayo de interpretación*

- de la realidad colonial guatemalteca*, 3^a ed., Editorial Universitaria Centroamericana, San José, 1975.
- MARTINEZ-ALIER, Verena, *Marriage, Class and Colour in Nineteenth-Century Cuba: A Study of Racial Attitudes and Sexual Values in a Slave Society*, Cambridge University Press, Cambridge, 1974.
- MARTÍNEZ-FERNÁNDEZ, Luis, *Torn between Empires: Economy, Society, and Patterns of Political Thought in the Hispanic Caribbean, 1840-1878*, Athens, University of Georgia Press, Geo., 1994.
- MATOS RODRIGUEZ, Félix V., *Women and Urban Change in San Juan, Puerto Rico, 1820-1868*, University Press of Florida, Gainesville, 1999; y Delgado, Linda C. (eds.). *Puerto Rican Women's History: New Perspectives*, Armonk, M.E. Sharpe, NY, 1998.
- MEMMI, Albert, *Retrato del colonizado. Precedido por Retrato del colonizador*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1969.
- MILLETTE, James, "Nationalism and imperialism in Caribbean history", *General History of the Caribbean*. Vol. VI: *Methodology and Historiography of the Caribbean*, ed. por B.W. Higman, UNESCO Publishing y Macmillan Education, London y Oxford, 1999.
- MINTZ, Sidney W., *Caribbean Transformations*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1984; "From plantations to peasantries in the Caribbean", Sidney W. Mintz y Sally Price (eds.), *Caribbean Contours*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1985; *Worker in the Cane: A Puerto Rican Life History*, Norton, New York, 1974.
- MIRES, Fernando, *El malestar en la barbarie: Erotismo y cultura en la formación de la sociedad política*, Editorial Nueva Sociedad, Caracas, 1998.
- MOORE, Brian, VILMOT, Swithin (eds.), *Before & After 1865: Education, Politics and Regionalism in the Caribbean*, Ian Randle Publishers, Kingston, 1998.
- MORALES CARRIÓN, Arturo, *Auge y decadencia de la trata de esclavos en Puerto Rico, 1820-1860*, Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, e Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan, 1978; *Puerto Rico and the Non Hispanic Caribbean: A Study in the Decline of Spanish Exclusivism*, 2^a ed., University of Puerto Rico, Río Piedras, 1971; *Puerto Rico y la lucha por la hegemonía en el Caribe: Colonialismo y contrabando, Siglos XVI-XVIII*, Editorial de la Universidad de Puerto Rico y Centro de Investigaciones Históricas, UPR-Río Piedras, San Juan, 1995.
- MOREIRAS, Alberto, "Afterword: Pastiche identity, and allegory of allegory", Amaryl Chanady (ed.), *Latin American Identity and Constructions of Difference*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1994.

- MORENO FRAGINALS, Manuel, *La historia como arma y otros estudios sobre esclavos, ingenios y plantaciones*, Editorial Crítica, Barcelona, 1983; *El ingenio: Complejo económico social cubano del azúcar*, 3 vols., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978; (relator), *África en América Latina*, Siglo XXI y UNESCO, México, 1977.
- MÖRNER, Magnus, *Race Mixture in the History of Latin America*, Little, Brown and Company, Boston, 1967.
- MORSE, Richard M., "The Caribbean: Geopolitics and geohistory", Sybil F. Lewis y Thomas G. Mathews (eds.), *Caribbean Integration: Papers on Social, Political and Economic Integration*, Institute of Caribbean Studies, University of Puerto Rico, Río Piedras, 1967; "Race, culture and identity in the New World: Five national versions", Oostindie, Gert (ed.), *Ethnicity in the Caribbean*, Macmillan Caribbean, Warwick University Caribbean Studies, London, 1996.
- NICHOLLS, David, *From Dessalines to Duvalier: Race, Colour and National Independence in Haiti*, ed. rev., Rutgers University Press, New Brunswick, NJ, 1996.
- O'BRIEN, L., "How cricket is West Indian cricket?: Class, racial, and color conflict", *Caribbean Review*, 12, 2, 1983
- O'GORMAN, Edmundo, *La invención de América*, México, SEP/Fondo de Cultura Económica, 1984.
- ORTIZ, Fernando, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, Las Villas, Universidad Central de Las Villas, 1965; *El engaño de las razas*, 2ª ed., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975; *Ensayos etnográficos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1984; *Estudios etnosociológicos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991; *Los negros curros*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986; *Los negros esclavos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987.
- PAQUETTE, Robert L., *Sugar is Made with Blood: The Conspiracy of La Escalera and the Conflict between Empires over Slavery in Cuba*, Wesleyan University Press, Middletown, Conn., 1988.
- PARRY, J.H. y SHERLOCK, Philip, *A Short History of the West Indies*, 3ª ed., St Martin's Press, New York, 1973.
- PASTOR, Beatriz, *Discurso narrativo de la conquista de América*, Casa de las Américas, La Habana, 1983.
- PATTERSON, Orlando, *The Sociology of Slavery: An Analysis of the Origins, Development and Structure of Negro Slave Society in Jamaica*, Macgibbon & Kee, London, 1967.
- PEÑA BATLE, Manuel Arturo, "El Tratado de Basilea y la desnacionalización

- del Santo Domingo español”, *Obras*. Vol. I: *Ensayos históricos*, compilación y presentación de Juan Daniel Valcárcel, Fundación Peña Batlle, Santo Domingo, 1989.
- PICÓ, Fernando, *Al filo del poder: Subalternos y dominantes en Puerto Rico, 1739-1910*, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, San Juan, 1993; *Amargo café: Los pequeños y medianos caficultores de Utuado en la segunda mitad del siglo XIX*, Ediciones Huracán, Río Piedras, 1981; *Libertad y servidumbre en el Puerto Rico del siglo XIX: Los jornaleros utuadeños en vísperas del auge del café*, 3ª ed., Ediciones Huracán, Río Piedras, 1983.
- PORTELL VILÁ, Hermino, *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España*, 4 vols., Editorial Jesús Montero, La Habana, 1938-41.
- PRICE, Richard, *Alabi's World*, Johns Hopkins, University Press, Baltimore, 1990; *First Time: The Historical Vision of an Afro-American People*, Johns Hopkins, University Press, Baltimore, 1983; (ed.), *Marron Societies: Rebel Slave Communities in the Americas*, Anchor Press/Doubleday, Garden City, NY, 1973.
- PRICE-MARS, Jean, *Así habló el tío*, trad. de Virgilio Piñera y Prólogo de René Depestre, Casa de las Américas, La Habana, 1968.
- QUIÑONES AROCHO, María I., “Sin hombre en la casa: el mito del matriarcado en el Caribe angloparlante”, Mario R. Cancel (ed.), *historia y género: Vidas y relatos de mujeres en el Caribe*, Asociación Puertorriqueña de Historiadores y Postdata, San Juan, 1997.
- QUINTERO RIVERA, Ángel G., *Conflictos de clase y política en Puerto Rico*, Ediciones Huracán, Río Piedras, 1976; *Patricios y plebeyos: Burgueses, hacendados, artesanos y obreros. Las relaciones de clase en el Puerto Rico de cambio de siglo*, Ediciones Huracán, Río Piedras, 1988; *Salsa, sabor y control: Sociología de la música tropical*, Siglo XXI, México, 1998; “The somatology of manners: Class, race and gender in the history of dance etiquette in the Hispanic Caribbean”, Gert Oostindie (ed.), *Ethnicity in the Caribbean*, Macmillan Caribbean, Warwick University Caribbean Studies, London, 1996. *Ethnicity in the Caribbean*, Macmillan Caribbean, Warwick University Caribbean Studies, London, 1996.
- RAMA, Ángel, *The Lettered City*, trad. y ed. de John Charles Chasteen, Duke University Press, Durham, 1996.
- RAMOS MATTEI, Andrés A., *La sociedad del azúcar en Puerto Rico, 1870-1910*, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 1988.
- RAMOS FLORES, José, “Virgins, whores, and martyrs: Prostitution in the colony, 1898-1919”, Félix V. Matos Rodríguez y Linda C. Delgado (eds.), *Puerto Rican Women's History: New Perspectives*, M.E. Sharpe, Armonk, NY, 1998.

- RAMOS, Julio, *Desencuentros de la modernidad en América Latina: Literatura y política en el siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989; (ed.). *Amor y anarquía: Los escritos de Luisa Capetillo*, Ediciones Huracán, Río Piedras, 1992.
- RODNEY, Walter, *A History of the Guyanese Working People, 1881-1905*, Johns Hopkins, University Press, Baltimore, 1981.
- RODÓ, José Enrique, *Ariel*, Editorial del Departamento de Instrucción Pública, San Juan, 1968.
- RODRÍGUEZ SANTANA, Ivette, "Las mujeres y la higiene: la construcción de «lo social» 1880-1929", Mario R. Cancel (ed.), San Juan, *Historia y género: Vidas y relatos de mujeres en el Caribe*, Asociación Puertorriqueña de Historiadores y Postdata, San Juan, 1997.
- ROLL, Jordan, *The World the Slaves Made*, New York, 1976.
- SACO, José Antonio, *Historia de la esclavitud*, Editorial Andina, Buenos Aires, 1965.
- SAID, Edward, *Culture and Imperialism*, Vintage, New York, 1994; *Orientalism*, Vintage, New York, 1979.
- SAN MIGUEL, Pedro L., "Agrarian non-sugar economies in the Caribbean: 19th century", *General History of the Caribbean*. Vol. IV: *The Long Nineteenth Century*, ed. por Keith Laurence, London y Oxford, en proceso; *Los campesinos del Cibao: Economía de mercado y transformación agraria en la República Dominicana, 1880-1960*, Editorial de la Universidad de Puerto Rico y Decanato de Estudios Graduados e Investigación-UPR, San Juan, 1997; "La ciudadanía de Calibán: poder y discursiva campesinista en la Era de Trujillo", Raymundo González et al. (eds.), *Política, identidad y pensamiento social en la República Dominicana (Siglos XIX y XX)*, Doce Calles y Academia de Ciencias de Dominicana, Madrid, 1999; "Falsos (además de confusos) comienzos de una digresión sobre historia y antropología", *Revista del Centro de Investigaciones Históricas*, Facultad de Humanidades, UPR-Río Piedras, 11, 1999; *La isla imaginada: Historia, identidad y utopía en La Española*, Editorial Isla Negra y Librería La Trinitaria, San Juan y Santo Domingo, 1997; *El mundo que creó el azúcar: Las haciendas en Vega Baja, 1800-1873*, Ediciones Huracán, Río Piedras, 1989; *El pasado relegado: Estudios sobre la historia agraria dominicana*, Librería La Trinitaria/FLACSO/Decanato de Estudios Graduados e Investigación-UPR, Santo Domingo, 1999.
- SÁNCHEZ VALVERDE, Antonio, *Idea del valor de la Isla Española [1785]*, Editora Nacional, Santo Domingo, 1971.
- SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Nicolás, *The Population of Latin America: A History*,

- University of California Press, Berkeley, 1974.
- SARMIENTO, Faustino Domingo, *Facundo*, 6ªed., Losada, Buenos Aires, 1974.
- SCARANO, Francisco, "Las huellas esquivas de la memoria: Antropología e Historia", *Taso, trabajador de la caña*, Sidney W. Mintz, *Taso, trabajador de la caña*, trad. de Ivette Torres Rivera, Ediciones Huracán, Río Piedras, 1988; "The jíbaro masquerade and the subaltern politics of creole identity formation in Puerto Rico, 1745-1823", *American Historical Review*, 101, 5, 1996, 1398-431; "Slavery and emancipation in Caribbean history", *General History of the Caribbean*. Vol. VI: *Methodology and Historiography of the Caribbean*, ed. por B.W. Higman, UNESCO Publishing y Macmillan Education, London y Oxford, 1999.
- SCHULER, Monica, "Myalism and the African religious tradition in Jamaica", Margaret E. Crahan y Franklin W. Knight (eds.), *Africa and the Caribbean: The Legacies of a Link*, Johns Hopkins, University Press, Baltimore, 1990.
- SCOTT, James C., *Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts*, Yale University Press, New Haven, 1990; *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*, Yale University Press, New Haven, 1985.
- SCOTT, Rebecca J., *Slave Emancipation in Cuba: The Transition to Free Labor, 1860-1899*, Princeton University Press, Princeton, 1985.
- SHEPHERD, Verene; BRERETON, Bridget y BAILEY, Barbara (eds.), *Engendering History: Caribbean Women in Historical Perspective*, Ian Randle Publishers y James Currey, Kingston, 1995.
- SHERIDAN, Richard B., *Sugar and Slavery: An Economic History of the British West Indies, 1623-1775*, Johns Hopkins, University Press, Baltimore, 1974.
- SOLOW, Barbara L., ENGERMAN, Stanley L. (eds.), *British Capitalism and Caribbean Slavery: The Legacy of Eric Williams*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987.
- SOSA RODRÍGUEZ, Enrique, *Los ñáñigos*, Casa de las Américas, La Habana, 1982.
- SPIVAK, Gayatri Chakravorty, "Subaltern studies: Deconstructing historiography", Ranajit Guha y Gayatri Chakravorty Spivak (eds.), *Selected Subaltern Studies*, Oxford University Press, New York, 1988.
- STEWART, Julian H., et al. *The People of Puerto Rico: A Study in Social Anthropology*, Urbana, Ill., University of Illinois Press, 1966.
- STUBBS, Jean, "Gender in Caribbean history", *General History of the Caribbean*. Vol. VI: *Methodology and Historiography of the Caribbean*, ed. por B.W. Higman, UNESCO Publishing y Macmillan Education, London y Oxford, 1999; *Tabaco en la periferia: El complejo agro-industrial cubano y su movimiento obrero, 1860-1959*, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1989.

- SUBIRATS, Eduardo, *El continente vacío: La conquista del Nuevo Mundo y la conciencia moderna*, Siglo XXI, México, 1994.
- SUED BADILLO, Jalil, *Los caribes: Realidad o fábula*, Editorial Antillana, Río Piedras, 1978.
- TALLER DE FORMACIÓN POLÍTICA, *¡Huelga en la caña!: 1933-34*, Ediciones Huracán, Río Piedras, 1982.
- TANNENBAUM, Frank, *Slave & Citizen: The Negro in the Americas*, Vintage, New York, 1946.
- THOMAS, Clyde Y., *Plantations, Peasants, and State: A Study on the Mode of Sugar Production in Guyana*, Center of Afro-American Studies, University of California-Los Angeles, e Institute of Economic and Social Research, University of the West Indies, Los Angeles y Mona, 1984.
- THOMPSON, E.P., *The Making of the English Working Class*, New York, Vintage, 1966; *Tradición, revuelta y conciencia de clase: Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Editorial Crítica, Barcelona, 1979.
- TODOROV, Tzvetan, *La conquista de América: La cuestión del otro*, Siglo XXI, México, 1987; *Nosotros y los otros: Reflexión sobre la diversidad humana*, Siglo XXI, México, 1991.
- TOLENTINO Dipp, Hugo, *Raza e historia en Santo Domingo: Los orígenes del prejuicio racial en América*, 2ª ed., Fundación Cultural Dominicana, Santo Domingo, 1992.
- TORRES-SAILLANT, Silvio, *El retorno de las yolas: Ensayos sobre diáspora, democracia y dominicanidad*, Librería La Trinitaria y Editora Manatí, Santo Domingo, 1999.
- VV.AA., *Los obreros hacen y escriben su historia: Selección de trabajos presentados al Primer Encuentro de Historia del Movimiento Obrero Cubano*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
- WAGLEY, Charles, "Plantation America: A cultural sphere", Vera Rubin (ed.), *Caribbean Studies: A Symposium*, 2ª ed., University of Washington Press, Seattle, 1960.
- WATTS, David, *The West Indies: Patterns of Development, Culture and Environmental Change since 1492*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990.
- WHITE, Hayden, *Tropics of Discourse: Essays in Cultural Criticism*, Johns Hopkins, University Press, Baltimore, 1986.
- WILLIAMS, Eric, *Capitalismo y esclavitud* [1944], trad. de Martin Gerber, Siglo Veinte, Buenos Aires, 1973; *From Columbus to Castro: The History of the Caribbean, 1492-1969*, 2ª imp., Harper & Row Publishers, New York, 1973.
- ZUNZ, Olivier (ed.), *Reliving the Past: The Worlds of Social History*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1985.